

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1927

Sábado 22 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Bernard Shaw, premio Nóbel*, por César Falcón.—*El premio a Bernard Shaw*, por Andrenio.—*Hay que crear un mundo nuevo*, por Esther N. de Calvo.—*Carta alusiva*, por Alfredo A. Bianchi.—*Lugones contesta a Araquistain*.—*Bibliografía titular*.—*Página lírica* de Xavier Villaurrutia.—*Señas de escritores*.—*Aves procelarias*.—*Naturaleza...*, por Gris.—*Don Francisco Soto y Calvo*, por Mayorino Ferrara.—*El hombre malo y Por compensación* de Max Jiménez.—*La poesía, Villaurrutia y la crítica*, por Gilberto Owen.—*Poniendo los puntos sobre las íes*, por Haya de la Torre.—*El buen ejemplo*.—*La poesía moderna en Cuba*, por Enrique José Varona.—*Diálogo fronterizo* (Caricatura), de Solano.—*El viejo lugar común*, por Gabriela Mistral.—*Shanti*, por J. B. Acuña.—*LA EDAD DE ORO*: (Con lecturas para niños).

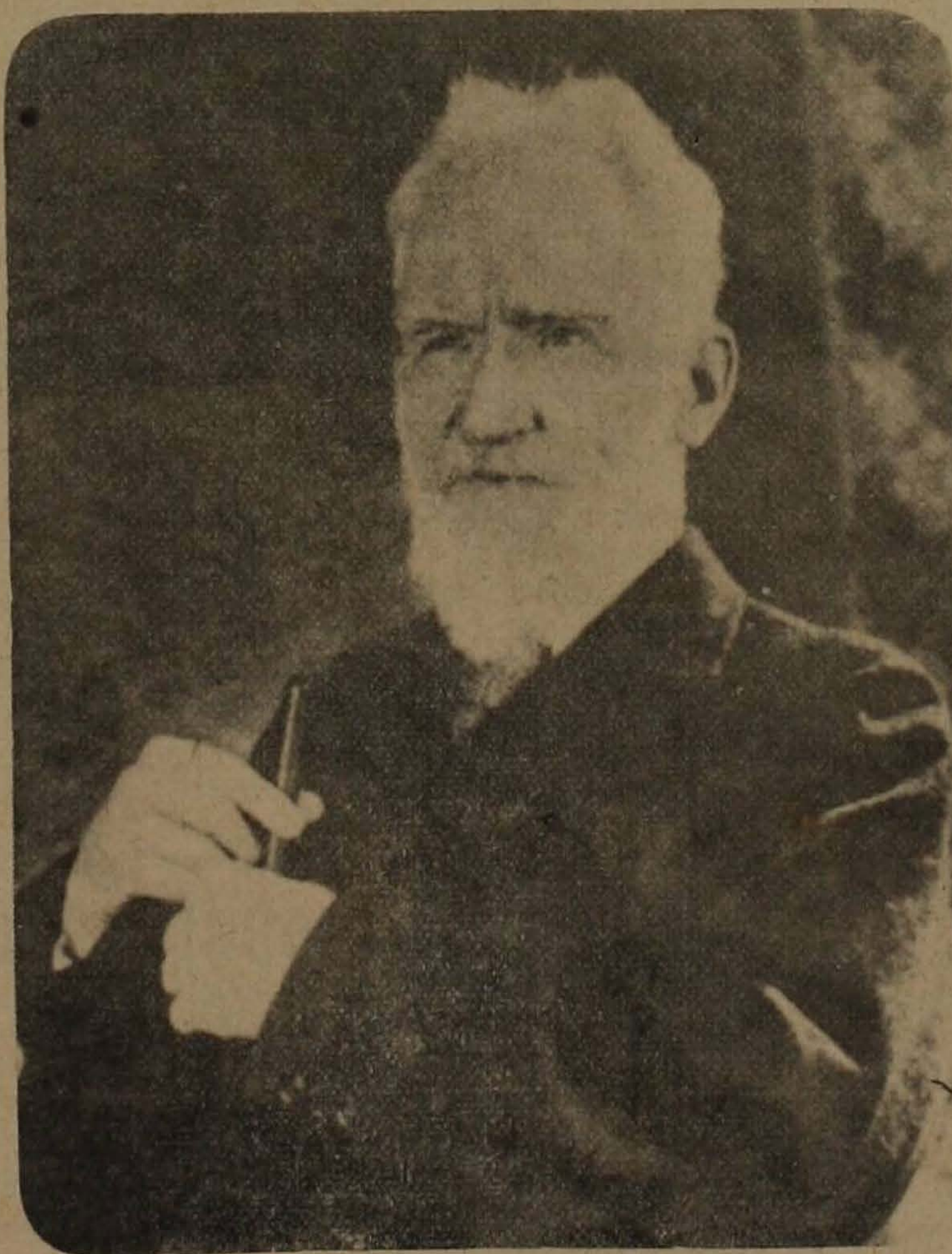
NUNCA se ha recibido con tanta gracia el premio Nóbel como acaba de recibirlo Bernard Shaw. La Academia de Estocolmo le ha concedido el premio de Literatura del año pasado. Cuando la noticia ha llegado a él, Shaw no ha hecho sino sonreírse y comentar:

—Me han dado el premio porque no he escrito nada ese año.

Pero, escriba o no escriba, Bernard Shaw es el caso más profundo del pensamiento británico de esta época. Aparte de su gran valor literario, aparte de su significado como posición del espíritu de un hombre ante el régimen de vida actual, Bernard Shaw, la mente Bernard Shaw, es el más fecundo y luminoso conjunto de células cerebrales de Inglaterra. No pasa día sin producir una idea, un comentario, una frase certera. Es el atisbo más hondo en la voluminosa corriente de la vida inglesa.

Toda su obra no está en su teatro, ni en sus libros políticos, ni en sus discursos de propaganda. Mucho, lo más continuo, está en sus desparramados artículos de periódico, en sus frases dichas rápidamente en el corro de amigos, en sus cartas. Sus comedias, lo más considerable de su producción, no es sino la organización metódica de sus ideas. Pero su pensamiento está en constante floración, y para conocer íntegramente su obra, es necesario ir buscando los innumerables destellos de su mente. En Inglaterra, donde tantas criaturas se dedican al culto póstumo de los grandes y medianos ingleses, no se perderán, tal vez, las ideas de Shaw desparramadas en cartas, columnas de periódicos y frases dichas a media voz. No faltará quien

Bernard Shaw, premio Nóbel

—De *El Sol*, Madrid—

George Bernard Shaw
a los sesenta años

las recoja y las prenda en un libro. No faltará quien haga el maravilloso cuadro de mariposas de las ideas de Shaw.

Pero cuando el acervo brillante de sus ideas esté completamente reunido, todavía

faltará una cosa inaprehensible: el espíritu de Shaw. Esto es preciso entenderlo bien. Todo Shaw no son sus ideas, ni su doctrina, ni su admirable ejemplo de dignidad humana. Todo el Shaw catalogable en una biblioteca o descriptible en un libro no es todo Shaw. Cuando Shaw se muera y todo eso esté organizado y conservado, faltarán para siempre las inagotables posibilidades de su mente. Faltarán unos ojos tan agudos para enfocar la trayectoria visual y en el vértice de los inesperados e imprevisibles acontecimientos de todos los días. Cada día, al leer en un diario o escuchar de un amigo: hoy ha ocurrido esto y Shaw ha dicho esto sobre ello, se advierte cuánto más Shaw hay sobre las comedias, sobre los libros y los discursos de Shaw.

Ahora mismo, en el instante de recibir el premio Nóbel, le ha hecho al premio Nóbel la más penetrante ironía. La Academia de Estocolmo ha comenzado a dárselo a los escritores, no por haber escrito, sino por no haber escrito. El premio de este año también se ha postergado hasta el próximo, y, como el del pasado a Shaw, se le dará, probablemente, al gran escritor que no haya escrito nada durante el año.

Muchos grandes escritores no escribirán seguramente nada en uno o en dos años. Pero muy pocos lograrán revelarle diariamente a los hombres como se los revela Shaw, el claroscuro espiritual y pasional de los días.

CÉSAR FALCÓN

Londres.

El premio a Bernard Shaw

El premio Nóbel de Literatura correspondiente a 1925 ha sido otorgado a Bernard Shaw. Esta adjudicación, recaída en tan ilustre figura literaria, sugiere algunas reflexiones acerca de la fundación de Nóbel en la parte concerniente a las letras. Desde luego descartaremos la frase del propio Bernard Shaw, que ha querido conservar en esta halagüeña ocasión su postura de humorista, diciendo: «No lo entiendo. Precisamente no he escrito nada en 1925.»

Bernard Shaw no ignora que la fundación Nóbel no premia el mejor libro del año. Una interpretación inteligente hace que lo que en realidad se premie sea la obra total de un autor. De este modo, el premio universal de Literatura practica una selección de genios y primeras figuras literarias. Si se siguiera el criterio estricto del libro del año, las dificultades de la adjudicación serían mayores, el galardón menos justo y más mezclada y desigual la sociedad de los premiados.

El químico sueco inventor de la dinamita era un filántropo. Se ha querido señalar un contraste entre su invento y el amor a la Humanidad demostrado en su testamento, y hasta considerar la última voluntad de Nóbel como una expiación o penitencia. Son vanos juegos de conceptos. La dinamita, que ya se ha quedado muy atrás en poder destructor, comparada con los explosivos más modernos, en sí no era homicida ni mala. Era un agente químico, un elemento dinámico que podía emplearse bien o mal, en daño o en beneficio de los hombres.

Fundar grandes premios anuales para recompensar los descubrimientos realizados en la Física, la Química y la Medicina, los esfuerzos en favor de la paz entre los pueblos y las más bellas obras literarias, es uno de los mejores empleos que pueden hacerse de la riqueza, uno de los usos que la absuelven de la parte de iniquidad que encierra la acumulación de un gran capital en poder de un individuo.

Nóbel quería proporcionar a la Humanidad una vida mejor. Su intención de filántropo le condujo a introducir en el premio de Literatura un elemento equívoco y en cierto modo extraño a lo puramente literario. Había de premiarse la mejor obra desde el punto de vista del ideal. Acaso aquel hombre, formado en las ciencias exactas, no apreciaba bastante entre los bienes del espíritu, la perfección de las formas artísticas, la belleza pura de la obra literaria, y quiso mantener en esta parte de su fundación el carácter humanitario, exigiendo a las creaciones de los poetas que sirvieran a los ideales humanos.

Esta condición del ideal o del idealismo complicaba la adjudicación del premio literario. Era peligrosa. Podía establecer preferencia entre las escuelas y dar origen a

una dañosa parcialidad hacia la literatura considerada generalmente como idealista, es decir, a la que huye de la verdad en las representaciones artísticas y se cuida de esterilizar las pasiones y de retocar las imágenes para que no ofrezca al lector rasgos violentos o pecaminosos; literatura amiga del optimismo y de la tradición, que puede entrar, sin inconveniente, en las bibliotecas blancas y rosas. El primer premio de Literatura, otorgado al poeta Sully Prudhomme, que al cabo fué un poeta menor, autorizaba estas sospechas. Por fortuna, el buen sentido de la Academia de Estocolmo ha sabido reducir a sus justas proporciones la condición del ideal.

Bien entendida, es legítima. Una obra deshumanizada, como ahora dicen, puro juego intelectual y sensible, por pulcra y primorosa que fuere en la ejecución, no merecería el galardón de una fundación humanitaria. Ni tales obras pueden elevarse al primer puesto en el panteón literario. Son a lo sumo, lindas piezas de antología o amenas curiosidades. Las obras maestras tienen calor de humanidad, están henchidas de sentimientos humanos, pues la palabra no es una mera cifra intelectual, sino la expresión de toda nuestra vida interior.

El premio otorgado a Bernard Shaw es justo y está plenamente dentro de las condiciones de la Fundación Nóbel, incluso aquel requisito del idealismo. Shaw es uno de los grandes poetas de nuestra época, tomando lo de poeta en el amplio sentido de creador de belleza literaria. Además de ser una de las principales figuras de la literatura universal, es un gran idealista, un combatiente del ideal humano de una vida más feliz, más justa y más inteligente.

Le ha servido a veces de un modo extraño, con artes de juglar y aun de bufón, no sólo con pensamientos de filósofo y fantasía de poeta. Este celta socarrón nos des-

concierta y hasta nos irrita en ocasiones. Dice cosas enormes, no desdeña los recursos barrocos de lo grotesco, aunque siempre conserve un fondo del *common sense* que quiso predicar a los hombres durante la guerra, es decir, en la ocasión menos propicia para hacer caso del sentido común.

Faltan en su literatura a menudo algunas de las bellas cualidades clásicas. Hasta se da el caso de que sus prólogos valgan más que sus comedias; no todos, ni todas, ciertamente. Los prólogos son parte muy principal de su obra literaria. Son exposición, crítica, polémica, la parte del pensador y el moralista, que después el poeta desarrolla en la fábula y en las figuras de la comedia. Por estos prólogos es Bernard Shaw el mejor y el más original y típico de los ensayistas contemporáneos. Así el premio ha venido a galardonear no sólo a la literatura dramática, sino al ensayo, el género de moda.

Una de las virtudes morales que ennoblecen la obra de Bernard Shaw es el amor a la verdad, virtud rara que hay que imbuir en los hombres, convenciéndoles de la máxima de Carlyle. Decía Carlyle que el primero de los evangelios es éste: la mentira no puede durar siempre. El amor a la verdad de Shaw no ha retrocedido ante los respetos humanos, ni siquiera ante el respeto patriótico, que es la religión y aun la idolatría del momento. Así, este irlandés ha escrito en su prólogo de *La otra isla de John Bull* lo más profundo y certero que se ha dicho modernamente sobre Irlanda.

Con su genio poético, su vena sarcástica, su amor a la verdad y su fervor humanitario, disfrazado a veces bajo formas irónicas, Bernard Shaw ha combatido eficazmente a dos grandes enemigos del hombre: la superstición, el parásito de la inteligencia, y el despotismo, que todavía aflige, molesta y mortifica a las sociedades, so pretexto de hacerlas prósperas y felices, y que de tiempo en tiempo se escapa de su jaula por debilidad de los guardianes.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

20 de Diciembre, 1926.

Señorita
Gabriela Mistral.

París, Francia.

Muy distinguida señorita:

La veneración que siento por la autora de la *Oración de la Maestra*, ha sido causa de que varias veces haya tenido deseos de escribirle para de ese modo comunicarme con usted, la más genial inspiradora que América, orgullosa, brinda a nuestro siglo.

En Junio pasado, cuando organizaba yo el Congreso Inter-Americano de Mujeres que se celebró en nuestra ciudad capital, creí haber encontrado la oportunidad de hacerlo, porque figuraba su nombre en mi lista de invitadas extranjeras y por eso, hasta llegué a soñar con su venida a nuestro país.

Desgraciadamente, supe por nuestro ex-Ministro en Chile, señor José E. Lefevre, que usted había salido para Europa y así, mis sueños, sólo sueños fueron.... Pero mi deseo de enviarle un mensaje de admiración y simpatía crece cada vez que leo algo suyo y en esta ocasión, hasta Francia le va, entusiasta y muy sincero.

Acabo de saborear su carta dirigida a una peruana y reproducida en el importante semanario costarricense, el *Repertorio Americano*, carta que es, en mi concepto, una bella lección de moral internacional, llena de honda psicología, de hermosas enseñanzas y de sentencias que valen cuanto vale todo lo que se escribe con el cerebro y el corazón cuando son dueños de esa serenidad bienhechora que eleva hasta la cima...

Su frase: *Y tenemos envenenadores en esta América*, me ha impresionado. Leyéndola, me han venido al recuerdo algunas de las sesiones del Congreso Educativo que se celebró en la ciudad de Edimburgo en Julio del año pasado, organizado por la *World Federation of Education Associations* y al que asistí en representación de mi país. Se reunieron en aquella urbe que guarda con amor los recuerdos de María Estuardo y de Walter Scott, centenares de maestros venidos de todas las partes del globo, ávidos de conocerse y de recoger mutuamente las experiencias de los mejor inspirados y más esforzados.

Tremendas acusaciones se hicieron entonces... "La guerra europea, dijeron algunos, no tuvo por causas hechos políticos, ni económicos. Las razones fueron psíquicas. El conflicto macabro de 1914, lo idearon almas enfermas de odio, mal nutridas, mal enseñadas, adiestradas para la venganza". De ello, hicieron responsable a la educación, culparon acremente a las escuelas y a los maestros, creadores de esa generación devastadora que sembró el dolor en el mundo y arrancó llanto amargo del corazón mismo de la Humanidad;

Hay que crear un mundo nuevo

Panamá, 29 de Diciembre de 1926.

Señor don J. García Monge,
Director del REPERTORIO AMERICANO.

San José, Costa Rica.

Señor:

Suscriptora y lectora asidua del REPERTORIO AMERICANO, tuve oportunidad de leer en un número reciente, la muy interesante carta que la insigne escritora chilena, Gabriela Mistral, dirige a una peruana. Interesada en alto grado por los problemas sociológicos y en particular por los educativos, aquella lectura me movió a escribir a la distinguida literata la carta que le envío en copia, por si creyere usted conveniente su publicación o de algún interés para los lectores del REPERTORIO.

Agradeciéndole anticipadamente la atención que se sirva dispensar a esta correspondencia, tengo el agrado de suscribirme, con toda consideración.

Su muy atenta y segura servidora.

ESTHER N. DE CALVO

autores de métodos de enseñanza y de sistemas disciplinarios hechos para enseñar al discípulo a fingir, a mentir, a ser egoísta... "Fueron educadores, afirmaron, que no predicaron amor, ni tolerancia, ni perdón. Envenenaron, sí, el alma de sus niños con ambiciones bastardas".

Y en medio de un clamor unánime, con desesperada ansiedad, los visionarios ilustres pidieron a las escuelas del orbe que formen nuevos maestros, maestros que inyecten en el corazón de la juventud que forman, savia regeneradora, que eleven y transporten su espíritu más allá de las fronteras de los países, para hacerle comprender y admirar la belleza moral de otros hombres y de otras razas, amar la naturaleza rica y pródiga de otras naciones, imitar la pureza y la bondad de otras costumbres. Maestros que arranquen del alma de sus niños todo sentimiento mezquino y egoísta, para sembrar en ella las semillas de la fraternidad, de la justicia, del amor universal. "El mundo, dijeron, es una unidad. El verdadero nacionalismo, no es incompatible con el internacionalismo bien entendido. La enseñanza de la Geografía, de la Historia y de la Instrucción Cívica, debiera considerarse, no sólo desde un punto de vista nacional, sino también desde un punto de vista sociológico, moderno e internacional."

Yo lamenté mucho que la representación de la América Hispana fuera en aquella ocasión, tan escasa como lo fué, porque habría sido de gran valor para sus miembros, oír revelaciones y apreciaciones de tanta importancia y trascendencia. Debiéramos nosotros mirarnos en ese espejo hecho migas, valernos de esas experiencias dolorosas y crear en tiempo esas cruzadas de educadores idealistas que piden los enemigos del odio, para modelar nuestras generaciones futuras de otro modo, haciéndoles conocer con sinceridad y espíritu de justicia, las maravillas que guarda cada uno de nuestros pueblos, pueblos de una mis-

ma raza, de una misma lengua, de una misma religión; pueblos nutridos por una misma sangre e inspirados en una misma ideología. Aseguraríamos así el porvenir que soñó Bolívar para su América. Nacimos para ser uno, ¿por qué desmembrarnos?

Todo cuanto usted observa en sus párrafos escritos bajo el título *La xenofobia de Europa*, es verdad. Pude observarlo también. Allí, para las almas grandes, la hora actual es de inconformidad, de verdadera angustia. Es que el veneno se filtró muy hondo, gota a gota y por muchos años. No hay duda, se hizo labor suicida y de engaño. Y ahora, hay tiniebla en los espíritus, la atmósfera es sólo de tranquilidad ficticia. El odio arde aún y con más vida, porque la gue-

rra rompió los frenos que lo ataban y desde entonces, parece haber encontrado más espacio donde clavar sus raíces.

En este momento se me llena el recuerdo de episodios horribles, vividos y contados por amigas mías de colegio a quienes visité el año pasado, cuando estuve en Bélgica. Parte de uno, pinta bien el odio alegre con que las campesinas *malinoises* despidieron al enemigo la tarde memorable en que éste desocupó la ciudad de Malines. Ese día vinieron por miles a la ciudad y cuando los soldados vencidos caminaban hacia la estación, heridos a muerte en su orgullo invencible, todas, en alegre tumulto y ensordecedora algarabía, se agolparon a sus lados para formar con ellos largas y compactas filas. En las nubes volaban los aires de la *Brabançonne*. De cada pecho de madre, de hermana, de esposa, de hija, de novia, de amiga, salían gritos de venganza, de dolor por los muertos, de gloria a los vencedores. Y les bailaban, y les cantaban, y les mostraban, con fierezas de heroínas, con carcajadas diabólicas, los objetos de cobre que hasta ese día habían escondido con rapacidad de avaro, en huecos profundos hechos por ellas mismas mientras el ruido de las bombas daba vida a su valor. Bien sabían ellas la rabia amarga que debían sentir los boches al ver brillar entre sus manos el cobre, el mismo metal que con tanta ansiedad persiguieron ellos en sus días de gloria y de rapiña para fabricar con él sus máquinas infernales, las mismas que debían dar muerte a los valientes soldados de Bélgica la heroica; pero hervía el odio en el alma de esas mujeres y tenían que saciar su sed de venganza...

Crear, sí, crear un mundo nuevo es lo necesario, porque jamás el hombre se ha visto más esclavo del mal, del vicio y del odio, el enemigo hipócrita de todos los tiempos, que pretende ya hasta reinar en las familias, para empezar cuanto antes sus lecciones de perfidia y de engaño. Fé

nueva, nueva luz que ilumine los espíritus, otra fuerza que impulse las voluntades, una educación que haga al hombre malo, bueno, y al bueno, mejor aún, y creer, creer en algo, porque vivimos una época en que los descreídos triunfan.

Los hombres de buena voluntad hacen bien en recurrir a la Escuela. De ella es la obra, y con ella, tal vez, de las madres en el hogar, y digo tal vez, porque todavía abundan las que no pueden o no saben educar a sus hijos como debieran hacerlo. Después, hay poderosos factores que influyen: *la política de los Gobiernos y de los partidos* y también *la labor de la Prensa*, factores valiosos que ojalá pudieran estar siempre depurados de la lava candente que los enciende cada vez que el rencor, el egoísmo y la vulgaridad se encarnan en sus pobres dirigentes. Desgraciadamente, hoy en casi todo el mundo, estos dos factores son influencias cuya fuerza motriz es el fluido que emana de espíritus ya contaminados por el veneno. Prueba de ello, la *política personalista* y divorciada de todo principio que se observa en tantos países y ese *pus de literatura* de que habla usted en su carta y que mantiene en estado de gravedad constante la infección de que hace víctima al alma de esos pueblos.

Felizmente, la Escuela Nueva ha recogido el guante. Mi fé en ella es ciega. No es posible dudar, por ejemplo, de esa *nueva organización* que ella practica y que tiene ya en derrumbe todo el mecanismo escolar del pasado para construir sobre sus bases en ruinas, una obra que, según expresión de Guyau, ha de "preparar hombres, la más alta profesión humana". El nuevo sistema hace del educando, el nervio principal de todas las actividades, el iniciador, el crítico, el dirigente avisado, el que organiza y es responsable, el que determina el espíritu de la comunidad en que vive; convierte la clase en una federación, la escuela en una comunidad, en una República pequeña más o menos autónoma, según la edad de los niños y el grado de responsabilidad que se les puede confiar. Hace, en fin, una adaptación total de sus actividades al organismo social, económico y político en donde se desarrolla una institución, convirtiéndola así en una *escuela de democracia*, en donde *el grupo* aprende a ejercer sus derechos, y cada cual adquiere el hábito de la responsabilidad social que tiene, porque se le enseña a interesarse por los asuntos públicos y a trabajar por el bien de la comunidad que forma.

¿El medio directo? Las *agrupaciones escolares*, tan en boga ya en los grandes centros educativos extranjeros. Las he visto en acción en mis frecuentes visitas a «escuelas tipo» en Estados Unidos y en Europa y cada vez me ha maravillado la eficiencia de sus trabajos. Es de ellas de donde surgen cada día esas sociedades que, como «La Cruz Roja de los Niños», tienden a unir en un mismo ideal humanitario, los millares de almas que vienen a la vida con hambre y sed de amor y de justicia.

Carta alusiva

Buenos Aires, Noviembre 22 de 1926.

Señor don J. García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi admirado amigo:

Por si usted lo considera digno de la transcripción le adjunto un número de la revista Fray Mocho, en el que encontrará un artículo del poeta MAYORINO FERRARIA sobre nuestro viejo y olvidado poeta don FRANCISCO SOTO Y CALVO. Como creo que este olvido es una injusticia, es que le pido que usted contribuya en parte a repararlo en REPERTORIO, que siempre recibo y leo con gran placer, aunque he notado que en los últimos números ha retirado el avisito de Nosotros que usted publicaba. ¿Por qué?

Aprovecho la ocasión para repetirle que las páginas de Nosotros están siempre a la espera de una colaboración suya.

Su affmo. amigo y S. S.,

ALFREDO A. BIANCHI

Esas organizaciones de la juventud estudiantil, fruto del cultivo de la «personalidad social» del educando, tienen para mí, ante todo, el gran mérito de estar *democratizando* y por consiguiente, *humanizando* la vida de las escuelas, de donde resulta ese equilibrio de valores que da a la mayoría el puesto que antes se negaba en el aula, porque el Maestro era en ella el Señor, en tanto que el discípulo, un *receptor pasivo* cuya personalidad se anulaba casi totalmente para dar triunfo a la voluntad autócrata del modelador de su espíritu. Y como la tendencia es de hacerles responsables de todo el engranaje escolar, inclusive del Gobierno mismo de la escuela, podemos esperar para el futuro, una generación ampliamente adiestrada y virtuosa cual ninguna en sus labores de hábil dirigente.

Mientras esto escribo, me interrumpe alguien para entregarme un sobre. Encierra una invitación que se me hace para que asista a la inauguración de la escuela REPÚBLICA DE CUBA. En nuestra Capital tenemos ya varias escuelas primarias con nombres de Repúblicas americanas y en los actos de inauguración, se hace siempre entrega de la bandera del país hermano a los educandos de la escuela que adopta la nueva denominación. La ceremonia es solemne y de enorme trascendencia.

Viera usted con qué empeño nuestros alumnos estudian la vida de cada uno de esos países. Se creen en la obligación sagrada de amarlos y de defenderlos y por eso se interesan tanto en conocerlos bien. Veneran su bandera, les dan especial significación a las fiestas de su independencia y mantienen un intercambio continuo de correspondencia y obras para sus bibliotecas con los educandos de su país hermano.

Si los cinco millones de maestros que hay en el mundo, adoptaran todos estos principios para hacerlos comunes, el ideario sería entonces totalmente renovador y la *carne nueva* aparecería pronto. Esperemos, ya la obra se ha iniciado y la *masa popular* se forma. El trabajo será largo y lento, pero será efectivo. Tal vez no veremos nosotras, las maestras que luchamos ahora

con fe por el triunfo de la obra, sus resultados felices; pero dichas debemos sentirnos de que podamos participar en las labores de la buena siembra. Comprender bien nuestra misión, trabajar sin tregua y siempre unidas, debiera ser nuestra consigna.

Tal fué el ideal que me hizo realizar la obra del Congreso Inter-Americano de Mujeres. Le envío copia de las resoluciones aprobadas en él, para que se dé cuenta de los esfuerzos que hicimos en aquellos días.

Angélica Palma, mi ilustre amiga, nos deleitó entonces con la lectura de un trabajo que es una llamada entusiasta a la mujer del Continente para que no desmaye en su obra de apóstol de la Paz y de la Justicia.

Por favor, excuse la extensión de esta carta. Es usted quien me la ha inspirado, porque al escribirla, me la he imaginado en conversación conmigo y no deseaba que la charla terminara.

Que Dios la guarde y siga llenando de luz y de fuerza su espíritu. Permítame también que le envíe mis votos sinceros porque el año de 1927 sea para usted y los suyos, de verdadera dicha.

Suya afectísima,

ESTHER N. DE CALVO

Dr. Gilberto Maldonado

Cirujano Dentista

Asepsia escrupulosa. Esmerado trabajo, práctica general. Satisfacción garantizada. Precios razonables. Equipo moderno y completo. Oficina: Avenida Central, frente a la tienda de Jaime Carranza.

Teléfono N.º 962. Apartado N.º 680

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Lugones contesta a Araquistain

Buenos Aires, 13 de diciembre de 1926.

Señor don Joaquín García Monge.

Mi querido amigo:

El número del 6 de noviembre de su meritisimo REPERTORIO¹, transcribe una entrevista del señor don Luis Araquistain con *La Democracia* de Puerto Rico, en la cual ambos se ocupan de mí bajo información errónea y conceptos inaceptables.

Según el periódico, definiendo yo, entre otros, «una imitación servil de las instituciones yanquis» por los demás pueblos americanos. Ahora bien, si en vez de hablar por impresión adversa, el redactor de la entrevista se hubiera informado de veras, tal como estilamos los periodistas de por acá, sabría que, lejos de esto, sostengo desde algunos años ha el fracaso y la caducidad de la constitución argentina, atribuyéndoles, precisamente, por causa, el hecho de ser ella una adopción demasiado estricta de la americana. Lo que he dicho alguna vez, es que debemos imitar a los hombres de los Estados Unidos la conducta que los ha llevado a hacer de su patria la primera nación del mundo; lo cual nada tiene que ver con la «imitación servil de sus instituciones».

Este abuso de mi opinión, no me sorprende. La democracia es inicua por naturaleza; y no habiendo nada tan parecido al anverso de una cosa como su revés, practica el sistema clerical de atribuir falsedades al adversario, con el objeto de refutarlas triunfalmente. Es lo que hizo, según se ve, el demócrata de Puerto Rico, para ocasionar a su entrevistado, de quien paso a ocuparme acto continuo.

Jamás causé daño alguno al señor Araquistain, ni tuve motivo de enemistad personal con él. Nunca me ocupé de sus obras literarias y políticas, que por obvia rectitud debo considerar buenas mientras las ignore, como me sucede. El señor Araquistain me ofende, sin embargo, personalmente, a una distancia y en condiciones que me permiten dudar de su capacidad para sostenerlo. He aquí sus palabras:

«Leopoldo Lugones es un excelente poeta y un mediocre político. Un poco femenino, como algunos poetas, siente el culto de la fuerza sin derecho. Pero no hay que tomarle demasiado en serio. Es uno de los hombres que no hay necesidad de rebatir; con el tiempo, indefectiblemente, se rectifican a sí mismos. Esperemos que la veleta de su pensamiento vuelva a señalar nuestro norte. La veleidad puede ser una buena Musa lírica, pero nunca un principio de sólido pensamiento político.»

Me interesa poco lo de político, pues no lo soy; pero, si lo fuese, y demócrata español por añadidura, me quedaría en España a luchar de frente contra la dictadura militar que allá domina, en vez de andarme por el extranjero, injuriando gratuitamente

a particulares que no tienen velas en aquel entierro liberal.

El señor Araquistain funda su menosprecio en el *ne varietur* democrático, imperioso dogma—otra vez la analogía clerical—que impide rectificar sin mengua la opinión errónea, ante comprobaciones como la Gran Guerra y sus consecuencias: o sea el más vasto y completo experimento histórico efectuado hasta hoy por el hombre. No será ello concluyente para algunos; pero impondría el respeto que los hombres cultos se deben entre sí, a todo criterio verdaderamente racional. Es el mismo derecho que para permanecer en su posición ideológica tiene el señor Araquistain, a quien, por cierto, continuaré respetándolo, sin ponerme al nivel de sus injurias, ni aun para calificarlas como merecen.

Pero, esto sí, le propondré un ejemplo. El cambio de opinión que me achaca, y que manifesté en público, abriendo recia campaña por cuenta propia, se efectuó en pleno éxito demagógico, es decir contrariando a los dueños del poder, que no desdeñaron recoger mis palabras en el propio congreso de la Nación; mientras los socialistas, cómplices y rivales a la vez, eran los dueños de la calle, la prensa brava y las ganas que, según parece, van a madurar en los parrales de Puerto Rico...

Séanle, pues, gratas al señor Araquistain las uvas del otro hemisferio; y usted, mi querido amigo, perdone que una vez más recurra para defenderme a las mismas selectas columnas donde aparezco agredido con reiterada preferencia, aunque esto—apresúrome a reconocerlo—en nada compromete su imparcialidad. La mejor prueba de que lo creo así, es esta misma nueva carta.

No me inquieta, por lo demás, la predilección de los ideólogos. Personalmente, me honra con su singularidad, bajo su mismo alardeado menosprecio. Y en cuanto a la patria cuya vigilancia material y moral me concierne como a todo buen ciudadano, se halla aun más lejos que yo—esta es la sólida realidad—de la política literaria con todos sus «ismos» gentilicios y sociológicos.

Verá usted, mi querido amigo, cómo se muere usted de viejo—que tal lo desean mi afecto y mi admiración—sin oír por estos pagos más que palabras de cortesía en la materia. No renegaremos ninguna simpatía, pero tampoco entraremos en ninguna combinación positiva—la Liga de las Naciones no lo es—fuera de América y menos contra ningún país de América. Y esto si entramos en alguna todavía.

Soy siempre suyo,

LEOPOLDO LUGONES

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

De los Autores:

Luis Lagarrigue (Santiago de Chile): *No-ciones de Sociología*. Santiago de Chile. Imp. Universo. Agustinas 1250. 1926.

Fabio Fiallo (La Vega, Rep. Dominicana): *La Canción de una Vida*. Poesías. Estudio crítico de Rubén Darío. Epístola extravagante de Alfonso Camín. Madrid. Editorial «Cristóbal Colón». 1926.

Luis E. Nieto Caballero (Bogotá, Colombia): *Palabras colombianas en honor de Francia*. J. Casis, Edit. Bogotá. WCWXXVII. *Un libro del Arzobispo Brioschi*. WCWXXIV. Bogotá.

José Mía. Alfaro Cooper (San José de Costa Rica): *Orto y Ocaso*. 1926. Librería e Imp. Universal. San José, Costa Rica.

Manuel Gálvez (Pueyrredón 1753. Buenos Aires, Rep. Argentina): *La pampa y su pasión*. Novela. Agencia Gral. de Librería y Publicaciones. Buenos Aires. 1926.

Gustavo Alemán Bolaños, (Guatemala, Rep. de Guatemala): *Periodismo y periodistas*. Edición dedicada al Presidente del Salvador Dr. don Alfonso Quiñones. Con prólogo de Juan Ramón Uriarte 1926. Imp. La Salvadoreña.

M. Núñez Regueiro (San Luis, 821. Rosario de Santa Fe. República Argentina): *Ane-rosofía racional. La vida superior. VII*. Buenos Aires.

Nota.—El señor Núñez Regueiro es Profesor de Filosofía en la Universidad del Litoral.

Marta Serantes: *La ofrenda de la vida*. Poesías. Buenos Aires, 1926.

Eliás Carpena (Quirno, 376. Buenos Aires, Rep. Argentina): *Rumbo*. Versos. Sociedad de Publicaciones «El Inca». Buenos Aires. MCMXXVI.

Agustín Acosta (Jagüey Grande. Cuba): *La Zafra*. Poema de combate. Ornamentación por José M. Acosta. Habana. 1926.

Xavier Villaurrutia (Sinaloa, 72. México, D. F. México): *Reflejos*. Biblioteca Universo. Tomo II. No. 1. Editorial «Cultura». México. 1926.

Luisa Luisi (Agraciada, 3182. Montevideo. Uruguay). *Poemas de la inmovilidad y Canciones al sol*. Editorial Cervantes. Barcelona.

Emilio Oribe (Calle San José, 1242. Montevideo. Uruguay): *El nardo del ánfora*. Poesías. Segunda edición, seleccionada. Montevideo. 1926.—*El castillo interior*. Poesías. Segunda Edición. Montevideo. 1926.—*El nunca usado mar*. Poesías. Montevideo. 1922.

Julio A. Cuello (Sánchez, 47. Santo Domingo. Rep. Dominicana): *Los Poemas del Instinto*. Publicaciones del Paladín. Santo Domingo de Guzmán. R. D.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

¹ Véase el número 17 del tomo XIII.

Página lírica

de Xavier Villaurrutia

=Del tomo *Reflejos*. Biblioteca Universo. Tomo II.
Número 1. Editorial CULTURA. México. 1926.=

Sueño

Nos juntó un sueño.
En el sueño rodábamos
como en un prado fresco.

¿Nos juntará la vida
como el sueño?

En el sueño reíamos
al sol naranja, agrio
en los ojos, húmedo
en las sienes.

Rodaba el sueño
y nosotros rodábamos
en el verde increíble
del prado.

Soledad

Soledad, soledad
¡cómo me miras desde los ojos
de la mujer de ese cuadro!
Cada día, cada día,
todos los días...
Cómo me miras con sus ojos hondos.

Si me quejo, parece que sus ojos
me quisieran decir que no estoy solo.

Y cuando espero lo que nunca llega,
me quisieran decir: aquí me tienes.

Y cuando lloro—algunas veces lloro—
también sus ojos se humedecen,
o será que los miro con los míos.

Aire

El aire juega a las distancias:
acerca el horizonte,
echa a volar los árboles
y levanta vidrieras entre los ojos y el paisaje.

El aire juega a los sonidos:
rompe los tragaluces del cielo,
y llena con ecos de plata de agua
el caracol de los oídos.

El aire juega a los colores:
tiñe con verde de hojas el arroyo
y lo vuelve súbito, azul,
o le pasa la borla de una nube.

El aire juega a los recuerdos:
se lleva todos los ruidos
y deja espejos de silencio
para mirar los años vividos.

Interior

El aire que vuelve de un viaje,
lleno de dorado calor,
se hiela en un marco para ser espejo
y cuadro de comedor.

¡Ay si el frutero
se resignara a no ser verdadero!
Mas cada fruto
quiere morir a tiempo porque sabe
que su verano es pasajero.

Yo sólo sé
que en el plato de porcelana
está el vaso para mi sed.
Y sin pedirle más sabor al agua
que no tenga sabor, que sea fría,
me bebo en cada vaso un día.

¡Ay si no fuera
porque en el plato de porcelana
están los días de la semana!

Jardín

La moldura de la ventana
rebana un trozo de jardín.

Hasta el aire con marco de los cristales
mueve el mismo temblor que mueve el velo
de la danza primaveral.

¿Jugaremos al laberinto en sus calles,
para llegar a la fuente central?

Melancolía sin tristeza,
si no me haces suspirar
¿por qué inclinas sobre el hombro mi cabeza?

Inútil languidez de infancia,
¿para qué el corazón entonces,
cuando no le oía latir?

Hoy que se apresura o se cansa
es cuando comienza a existir.

¡Ay!, rodar otra vez en los divanes
de suave musgo recortado,
pero dejando al corazón
abandonado.

¿Por qué la vida se complica
como el vuelo de esa golondrina
que burla toda la geometría?

Pero también la golondrina
atraviesa lanzando un grito
—se alcanzó rápida y derecha—
herida, ella misma es la víctima
y la flecha.

Mudanza

El agua, sin quehacer,
se hastía.

La nube, de viajar,
se cansa.

Y el monte bien quisiera
en el río, desnudo
bañarse.

El camino, el camino
no quisiera llevarnos
a la casa.

¡Otra vida! ¡Otra vida!
Por eso el sol
se entra por los resquicios
y, en la mañana,
espía nuestras camas.

Por eso las nubes se exprimen...
Y por eso crujen los muebles,
y por eso se inclinan los cuadros.

¡Otra vida! ¡Otra vida!

Hagamos sitio a nuevos huéspedes:
echemos la casa por la ventana.

Pueblo

A DIEGO RIVERA

Aquel pueblo se quedó soltero,
conforme con su iglesia,
embozado en su silencio,
bajo la paja—oro, mediodía—
de su sombrero ancho,
sin nada más:
en las fichas del cementerio
los + son—.

Aquel pueblo cerró los ojos
para no ver la cinta de cielo
que se lleva el río,
y la carrera de los rieles
delante del tren.
El cielo y el agua,
la vía, la vía,
—vidas paralelas—
piensan, ¡ay!, encontrarse
en la ciudad.

Se le fué la gente
con todo y ganado.
Se le fué la luna novia,
¡la noche le dice
que allá en la ciudad
se ha casado!
Le dejaron, vacías, las casas
¡a él que no sabe jugar
a los dados!

Noche

Cielo increíble,
tan estrellado y azul
como en la carta astronómica.

¡También en la noche rueda
sonando el agua incansable!
Y hay una luz tan morada,
tan salpicada de oro
que parece mediatarde.

Arroyos que se han dormido,
blancos de plata, se tienden
en el verde los caminos.

A aquella estrella señora,
quedada atrás, olvidada,
cantémosle una canción
lánguida y exagerada.
Que el eco hará la segunda
voz, y el viento en las ramas
acompañará la letra
tocando cuerdas delgadas...

«Estrellita reluciente
préstame tu claridá
para seguirle los pasos
a mi amor que ya se va».

Incolor

Paisaje inmóvil de cuatro colores,
de cuatro limpios colores:
azul, lavado azul de las montañas
y del cielo,
verde, húmedo verde en el prado
y en las colinas;
y gris en la nube compacta,
y amarillo.

Paisaje inmóvil de cuatro colores
en torno mío
y en el agua.
¡Y yo que esperaba
hallar, en el agua siquiera,
el mismo incolor que en mi alma!

Paisaje que no pasa nunca:
cierro los ojos y lo veo.

La lluvia afirmó sus colores
en vez de borrarlos.

Ya lo aprendí de memoria
y no puedo volver la página
para ver si encuentro
un paisaje, un paisaje
en que el agua,
no copiando ningún color,
sea del color de mi alma.

Señas de escritores (Cambios. Nuevas firmas)

Laguado Jayme. Apartado 1633. Habana. Cuba.

José Eustacio Ribera. Calle 15, No 63 A. Bogotá. Colombia.

Miguel Rasch Isla. Bogotá. Colombia.

Arturo Mejía Nieto. 735, Cass Str. Chicago, Ill. U. S. A.

V. Geigel Polanco. Calle Ernesto Cerra, 5. Santurce. Puerto Rico.

Hector Cuenca. Apartado 155. Maracaibo. Venezuela.

José Austria. Legación de Venezuela. Quito. Ecuador.

Manuel Díaz Rodríguez. Cumaná. Venezuela.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público
en general un surtido de casimires
en gabardinas.

Club en series a \$ 3.50 semanales.
Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios
para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Aves procelarias

Panamá, 9 de enero de 1927.

Liga Naciones

Ginebra

Mi pueblo indignado rechaza tratado yankee que fuerza impónenos.
No queremos perezca nuestro lema *Pro mundi beneficio*.

THIBAUT

Fundador de FRANCE AMÉRIQUE; agente de REPERTORIO AMERICANO, Costa Rica; *Nuestra América*, Argentina; revista *Ariel*, Honduras y *El Libertador*, México.

REPERTORIO AMERICANO,

San José, Costa Rica.

Señores, urge intensa agitación pro México Nicaragua, todos medios, situación grave.

Unión Centro Sud-Americanas de México. Comité Ejecutivo:
R. CARLOS LEÓN, ALEJANDRO SUX, F. DE P. DÁVILA JULIO MELLA,
JACOBO WURWITZ

México, City 33 N.

Naturaleza...

Como al conjuro de palabra mágica que pronunciara el dios Sol, vuelve en sí la tierra, adormecida pocas horas antes en el sopor del Ensueño!

¡Ah! El ojo del alma es pequeño para abarcar tanta maravilla como ostenta la Naturaleza...

En ese joyero magnífico tapizado de verde terciopelo, ofrece al alma, como presente gratisimo, la pedrería polícroma del rocío.

Jamás mano regia lució diamantes más preciosos... Penden también, en miriadas, de los brazos flexibles de los árboles; el viento, cual joven caprichosa, los arrebató de ellos.

¿Y esos retazos desprendidos del cielo para anidar humildes en los ojillos de las violetas, cuántos secretos de lo Alto querrán confiar?

Pero esta flor que se ha abierto tras la noche de lluvia parece un arco iris que ha llenado el jardín de esperanza. Como a reina de leyenda. ofrenda su rítmico saludo toda la corte de plantas. ¡Salve, reina del jardín!

También las hadas han querido contribuir al encanto del paisaje: Vuela, vuela hada-mariposa... Ejecuta la danza de los velos de tul...

Incontables los giros que has ejecutado sobre aquel clavel. Lo adivino, bella danzarina: como Salomé, enamoras al mancebo. Cortaré su cabeza para ti, al caer la tarde.

¿Y quién es ese personaje diminuto, manojillo de nervios que en temblor de voluptuosidad besa furtivamente a cada flor? Todos los tonos de la luz hacen tu traje, frívolo colibrí; inquieto pajarillo, eres como una burla sobre la aparente consistencia de las cosas. Semejas un rayo catódico que hiriera las flores con su beso de luz. ¿Por qué huyes veloz, inconstante, sutil?

¿La oyes? Orquesta motañesa, su música no es para el oído material. Lloro a veces su pena: algo enturbió su cristal. Canta siempre su dicha: dar su eterna frescura, alegrar la soledad.

Es la fuente en su dulce lengua murmurante.

Crii-cii, es tu canto triste como el de una quena. Solitario hermano, yo entiendo tu pena. Grillo gemebundo, como tú, quiero huir del mundo.

Ah, pero también se une a este agitar armónico, ese taller inmenso y a la vez diminuto, regulado por el cerebro complejo de una Institución: la Congregación de las Abejas. Su reino es toda una página de sabiduría abierta para el hombre.

¡Uu-uu! ¿Quién viene allí? El Gigante jugueteón que todo lo quiere arrasar. Da un golpe en las mejillas a las plantas, juega al escondido, al remolino, sopla los ojos de las flores, arranca a veces una pestaña de colores y sigue, sigue. ¿A dónde irá?

¡Qué fuerza de belleza, sabiduría y bondad compendia la Naturaleza! El Sol se envanece contemplando su esplendor, pero a la Luna le complace más verla dormir, es así más propicia para ella, amante callada y solitaria, la búsqueda en todos los rincones, de su mancebo perdido...

Al buscar el horizonte lejano que cerrará este palacio regido por el dios-Bello, percibo un reptil que huye, cortando el camino, como espada de muerte.

Es el mal que se aleja...

GRIS

San José,
Enero de 1927.

¿Se puede, señor García?

GRIS

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO
y recoméndelo a sus amigos.

DON Francisco Soto y Calvo. ¡He aquí un hombre que reparte admirablemente su vida, viviéndola en los libros y en la naturaleza!

Vive allá, en su estancia «La Ribera», en la divina paz de su magnífico castillo que está, como un inmóvil navío de ensueños, a orillas de líricos paisajes de amplias perspectivas intensificadas por la dulzura grave, tierna, casi humana de los árboles más diversos; por la femenina, ondulante y risueña plata del río que brilla intensamente en la lejanía reflejando el escudo azul del cielo donde golpea sus reflejos la espada rutilante del sol.

Feliz de él que sabe vivir allá, lejos de la febricitante ciudad de Buenos Aires, espiritual y moralmente desierta por el egoísmo brutal de los hombres que la pueblan—egoísmo ¡ay! que es propio de todas las grandes ciudades, enfermas del vértigo del oro y de los sentidos,—allá, oasis de paz, remanso de ternura: allá, donde se oye la palabra radiante del sol y el recóndito verbo del silencio: allá, donde el árbol amistoso te ofrece la caricia de su sombra y la festiva alegría de su corazón sonoro de pájaros: allá donde el coche de los plácidos rumores campesinos viene en las tardes trayendo en su interior a nuestra amada melancolía que nos pone pensativos y nos enciende la lámpara íntima de los recuerdos: allá, donde te sientes hermano del pájaro, del árbol, de los fieles perros guardianes, de la vaca tranquila, estúpida en su cándida mansedumbre, del buen «matungo», de la nube que pasa, de la estrella que aparece: allá donde la mañana es alegre como un efebo en su espléndida plenitud física y espiritual; y la tarde buena como una fiel amistad, y la noche honda y clara como un dulce recuerdo.

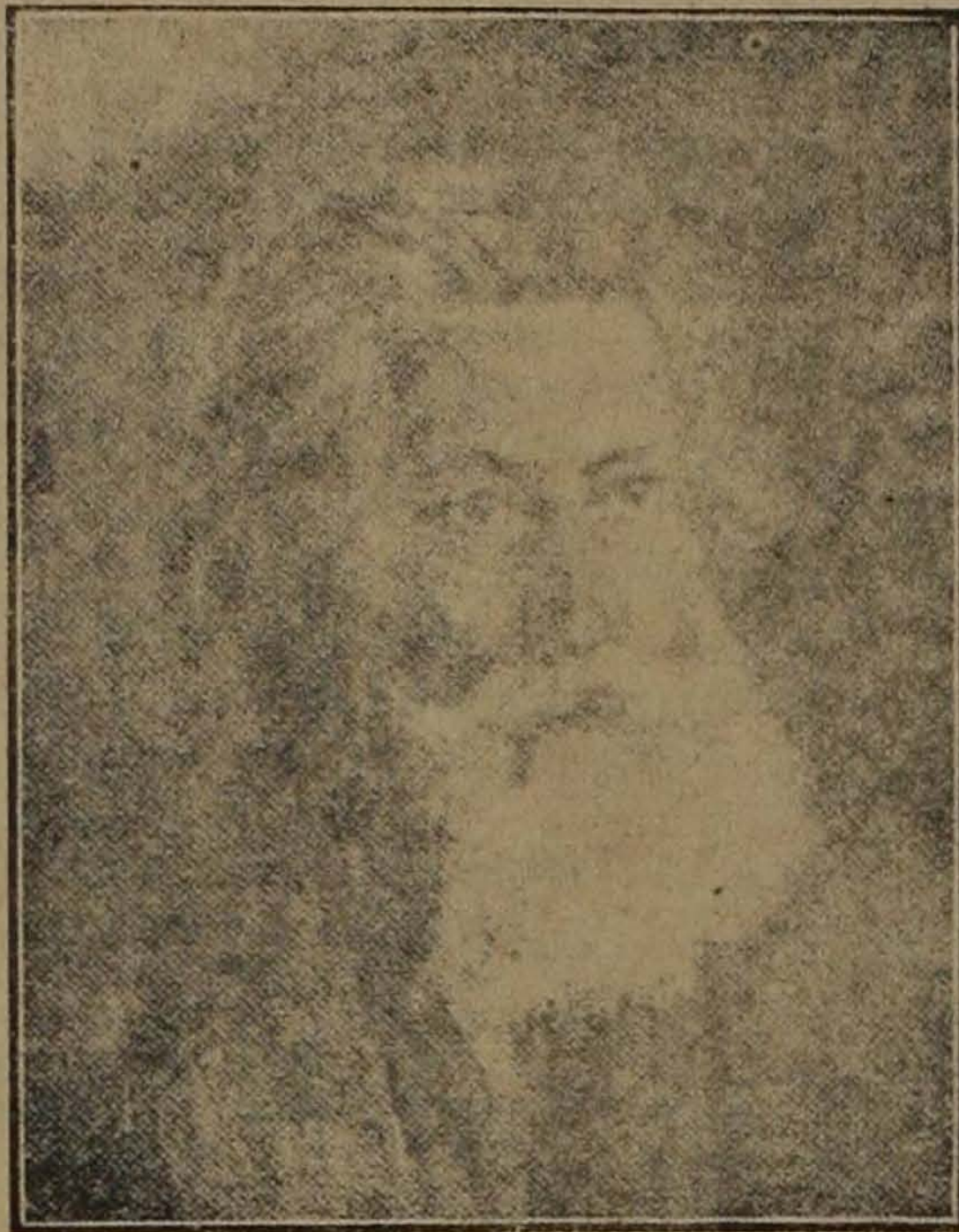
Allá estás tú, ¡oh noble vate anciano!, rey en ese sagrado trozo de la naturaleza, y te sientes raíz en esa tierra y anhelas florecer en un poema inmortal.

Pocos te conocen, pocos te nombran, poquísimos te admiran: pero tú, lejos del vano «conversadero» (como llamas a Buenos Aires), trabajas, estudias y escribes en una inextinguible fiebre de arte, ¡oh eterno soñador infatigable!

¿Quién te alienta en tu ruda labor artística llena de hondos goces interiores y de acres ráfagas de impotente dolor? Tu nobilísima esposa María, admirable como mujer, interesantísima como artista del pincel. Ella—así como conoce a la perfección el rudimentario y delicioso lenguaje de los pájaros y sostiene con ellos inefables conversaciones, así también conoce los secretos de tu alma herméticamente cerrada para todos aquellos que no comulguen con tus altos ideales. Si tú eres la llama, ella es la lámpara que la alimenta.

Estás encerrado en tu paisaje interior: la poesía. Y no puedes, ni debes, ni quieres salir de él. Y cuando sales de tu pai-

Literatos argentinos



Don Francisco Soto y Calvo

Retrato del poeta don FRANCISCO SOTO y CALVO, ejecutado por su esposa doña MARÍA OBLIGADO DE SOTO Y CALVO.

saje interior—paisaje simple de cielo claro, lleno de sonrientes colinas, límpidas fuentes, vistosas flores, jubiloso de pájaros, dulce y sentimental, como una melodía de Haydn o Bellini,—entras en el paisaje que circunda tu magnífico castillo, hondo paisaje donde uno quisiera poder sembrar su corazón para convertirlo en

«el árbol puro del amor eterno».

Y allí eres el rey. Feliz rey de ensueños coronados de recuerdos, cuyos súbditos

El hombre malo

Mira, ahí está Pérez, con las sienes entre las manos allá en aquella mesa del rincón. Hace días viene así triste, porque según el mismo cuenta a todo el mundo, ha nacido malo, muy malo, y de un tiempo a esta parte no encuentra a quien hacerle daño.

Por compensación

Balanza de la felicidad son los malos tiempos; a nadie le es dado el bienestar perpetuo. Ese que se jacta de llevar la felicidad, mañana trocará su reír en mueca de dolor.

Vosotros, arrieros de penas, contad con que la alegría es balanza del dolor, y el llanto, más vale así que se adelante a las gratas y maravillosas horas de la felicidad.

MAX JIMÉNEZ

San José, Costa Rica.
Enero 15 de 1927.

no son los hombres, sino los árboles, las bestias, las flores, y los pájaros.

Qué bien suenan aquí los versos de Fray Luis:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Las mañanas, vibrantes de trinos, te ofrecen madrigales; las siestas, afiebradas de sol, poemas épicos; las tardes desmayadas en oro, elegías; y las noches, florecidas de estrellas, odas.

Y todo contribuye a tu inspiración: con su gravedad el pino y el ciprés; con su ternura el aroma y la madre selva; con su gracia los campos de lino, dignos de ser hollados por los ángeles; con su riqueza, la viña, los durazneros, los naranjos y los limoneros; con su candidez la oveja; con su melancolía la vaca y el sauce; con su delicadeza la mariposa y la flor; con su ingenuidad el perro y el pájaro; con su pureza, el cielo.

Y así, poco a poco, en ese ambiente feliz vas plasmando tu obra, bajo todo punto de vista meritísima y bajo el punto de vista de la fecundidad, sin rival.

¿Hay acaso, no ya en Buenos Aires, sino en la América toda, un poeta que pueda contar en su haber literario varios poemas de larguísima extensión (*Nostalgia, El Demiurgo, Nastasio, La Dama del rostro doliente, etc.*), infinidad de poemas más o menos breves y diez mil poesías traducidas del italiano, del francés, del inglés, del alemán y del portugués (Dante, Byron, Leopardi, Musset, Víctor Hugo, Camoens, Poe, Shelley, Heine, Carducci, etc.), todo ello hecho con noble desinterés por el arte y la belleza?

De mi inolvidable estadía allá recuerdo con íntimo deleite—aparte de mis largos paseos cuando

la rosada pantalla del crepúsculo
cae suavemente sobre la encendida
lámpara verde del paisaje—

aquellas veladas dulces y serias en el amplio y severo hall del castillo, ornado exquisitamente: el anciano poeta, bajo la tenue luz de un velador, abre uno de sus libros inéditos y con voz clara, limpia, casi juvenil, lee, ante cultos oyentes, unas cuantas páginas, alternando esa lectura con audiciones musicales a cargo de un joven pianista...

En esa paz, en ese silencio, bajo la noche clara ungida de óleo lunar que baña las vidrieras del hall, la poesía en labios de este notable anciano, y la música bajo las manos—raíces del alma,—del pianista que interpreta en un éxtasis lírico inefables páginas, cobran un prestigio sagrado. Es entonces que uno cree verdaderamente en Dios y se olvida de la maldad de los hombres.

MAYORINO FERRARIA

(Fray Mocho, Buenos Aires)

SIEMPRE ¿verdad? la kodak descompuesta; los autores advierten desde sus títulos:—No se muevan, que va a salir un pájaro.—Por lo general lo que sale es el niño llorón de la Torre Eiffel. Qué descanso, así, cuando salen en verdad hasta dos pájaros, toda la bandada contenida, como en este libro, *Reflejos*, de Madrina feliz: la Crítica.

Acostumbrados a considerar a Xavier Villaurrutia como la conciencia artística de su generación, este libro suscitará desde luego, entre cierto público, una inquietud suspicaz: ¿qué se nos da aquí, la ilustración de las teorías que presidieron numerosos—ya, numerables siempre—estudios críticos? No, no es eso, tranquilizaremos. Ya los sordos se encargarán de desmentirnos.

Este público a que nos referimos, simplificador y aficionado al esquema fácil, prefiere—sólo por comodidad, espiritual—la claridad de las etiquetas. ¿Quién nos decía una vez que en Alemania un especialista en enfermedades del ojo derecho es incapaz de sanar una irritación del izquierdo? Pues ésta es la opinión corriente en las cosas del espíritu, exigiéndose el rótulo: *novelista* o *dramaturgo*, con graves penas para el que los apunta en su puerta. (Algunos se ven así obligados a la argucia de los apellidos numerosos, para poner uno sobre cada etiqueta). Fácil es advertir en todo esto el absurdo, más aún si se tiene en cuenta que se basa en una mera circunstancia de situación en el tiempo, pues si el ejemplo es anterior a la prédica—como en Juan Ramón—todos acusan sólo: poeta; y si al revés—como en el caso de Enrique Díez Canedo—nadie deja de limitar: crítico. Y no nos parece.

Una época—avant Guerre—pudo merecer que Julien Benda le asignara el panlirismo como voluntad estética; la nuestra no. Vamos viendo ya que en realidad es un pan-criticismo el que ha dirigido todas las grandes épocas del arte, y no podemos quedarnos en la otra actitud; porque la verdad es que no son incompatibles, no se excluyen la reflexión y el «furor poeticus», la función de crear y la de juzgar, sino que se completan, y ya se ha dicho, precisamente a propósito de Díez Canedo, a quien Villaurrutia dedica su libro, que sin ser de antemano artista no se puede hacer crítica, y recíprocamente. Muchos son los que llevan el tirso, muy pocos los poseídos por el dios, y más pocos aún los que, poseídos por el dios, siguen llevando el tirso como una disciplina, y saben repartir su tiempo, equitativos, entre la creación y la reflexión, siempre deseosos de ordenar el propio caudal de ideas.

La poesía, Villaurrutia y la crítica



Crítico neutral, espectador interesado, Villaurrutia, poeta, sigue mereciendo ambos adjetivos. *Reflejos* no lo son del rostro propio, pero sí del propio sistema del mundo. Del mal pintor decía Molière que «plein de son image, il se peint en tous lieux»; pero Villaurrutia es mejor, y como Gide afirma de Dios, no hay que buscarlo en un lugar determinado del libro, sino en todas partes, presente en todas y en todas invisible.

El principal testigo de este poeta es acaso Poe, cuya idea de la belleza artística se resolvía en reflejos—«just as the lily is repeated in the lake, or the eyes of Amaryllis in the mirror...»—pero que exigía además la imparcialidad del espejo (neutralidad dentro del arte, se entiende) y afirmaba que precisamente la *emoción desapasionada* es límite del arte poético, que pasión y poesía son términos incompatibles, pues ésta tranquiliza el alma y con el corazón no tiene nada que ver. Hay que notar de paso que éste mismo es el sentido moderno, y clásico, de la poesía, advirtiendo que la representación de esos reflejos son las me-

táforas. Así pues, podríamos ya aventurar una pequeña afirmación: función poética es elaborar en metáforas los datos sensoriales o sentimentales o el propio sistema del mundo. *Reflejos*, cuya lectura nos la sugiere, es la ilustración de esta fórmula que, conste, es posterior, como fórmula al menos, ya que no como aspiración.

Eco, la dulce fugitiva, halló grato refugio entre sus páginas, y se puso a jugar con imágenes, con fragmentos de imágenes como relámpagos:

«Copiándolos en sus espejos
de sonidos».

Juego. Un noble juego reflexivo y trascendental. A veces se teme, inminente, la lágrima:

«Callemos en la noche última,
aguardemos sin despedida».

pero la realidad constante es la sonrisa:

«Este polvo blanco
—de luna ¡claro!—
nos vuelve románticos».

humana sonrisa pudibunda de la «emoción desapasionada», conservándose lúcida hasta el grado de poder recordar a tiempo, cuando el ochocientos quisiera hacer de las suyas, que

«El presente y el futuro
los inventaron
para que no lloráramos».

Un juego. El arte es el más refinado de los juegos. En el fondo, en el fondo (ah, Chesterton), todos tenemos la «posibilidad de danzar», y no es favorecerla y aprovecharla el peligro, no, sino perder el paso, ensordecir al ritmo, romper con la ley. El anarquista,

aparte de menos libre, es incapaz de la audacia, de la aventura, del descubrimiento. Villaurrutia, insospechable de haber roto con la ley, es además su mayor conocedor entre los de su generación; esto le daría el derecho extra-jurídico, pero muy real, de violarla, pero la prefiere Ariadna y con su hilo en la mano—la ley que puede ser tan leve como un hilo—ha emprendido su viaje aventurero alrededor de todas las formas y de todas las doctrinas, no deteniéndose en ellas sino el tiempo preciso para confirmar la más harmoniosa perfección del propio país.

Para terminar, algunos detalles exactos. Dar siete pasos juntos es suficiente para la amistad de los virtuosos; todavía falta que los pasos se correspondan, como los de Santiago el Egoísta y su amigo; Villaurrutia tiene un metro sesenta centímetros de altura, pero marcha con largos pasos de setenta centímetros, longitud media de los pasos del Grupo sin grupo, aumentado por hoy con algunos personajes; pesa Kgms. 53, más que las formas que vuelan, sin ser forma a la que el peso le impida moverse

36° 5' centígrados de temperatura, y 96 pulsaciones por minuto, es decir, el máximo de intensidad dentro de lo normal. Es competente jugador de tennis; el amplio traje seglar moderno contrasta visiblemente con el rostro eclesiástico, lleno de cautela y deferencia, atento y discreto, tan malicioso como aparece en el fino y bien meditado retrato de Agustín Lazo, al frente del

volumen, que ha sabido limitar los rasgos esenciales: la nariz sensual e inquisitiva, la boca maligna, el ojo fatal. Como casi siempre tenemos de qué hablar, y conocemos el valor de las pausas, ignoramos su edad y su ciudad nativa, pero no creemos que le reconozca mayor importancia a la precocidad que al color local.

México, D. F.

GILBERTO OWEN

Poniendo los puntos sobre las íes

Oxford, Diciembre 9.

Mi querido señor García Monge:

Vuelvo a molestarle con otra carta sobre la cuestión de Tacna y Arica. La anterior la envié de París al recibir en un número del *Repertorio* el llamamiento que el señor Torres Riosco hacía a ciertos escritores de la vieja generación del Perú para que opinaran sobre la cuestión ésta del Pacífico. Entonces le escribí una carta porque un llamado de su lápiz azul sobre la columna en que el artículo se hallaba inserto me pareció que quería decir: «¿Bueno y V.?» La carta no debe haberle llegado, por señas incompletas quizá. Estoy seguro que en sus manos, jamás habría dejado V. de publicarla aunque dentro de los gremios de intelectuales consagrados sea yo un *outsider*, a mucha honra¹. El señor Riosco no me pedía opinión naturalmente, pero yo la dí no en nombre mío sino en nombre de los trabajadores de mi país cuya opinión jamás se ha consultado, razón principal por la que el problema está como está en manos de los «intelectuales» de la patriotería y del imperialismo. Y ahora insisto. Usted perdonará que ocupe tan a menudo las columnas del *Repertorio* pero es quizá el único periódico de intelectuales latinoamericanos que me parece un honrado y honroso campo de debate. Hay en la historia colonial del Perú,—que tanto huele a incienso y polvos de arroz en las clases altas como a sudor de sangre en las bajas,—una tradición que *Repertorio* me trae siempre a la memoria. Dicen las viejas que el Perú no tuvo sólo una santa,—Santa Rosa—, sino un santo que no ha llegado a canonizarse ni llegará, según se entiende especialmente desde que hay cardenales yanquis, porque el santo era negro o casi negro. Se llamaba o le llamaban Martín de Porres y según cuentan (las viejas que todo lo cuentan) el milagro que más maravilla causaba a los admiradores del santo fué que éste hacía comer tranquilamente en un mismo plato, como en las fábulas de Iriarte, a gatos, perros y ratones. Pues *Repertorio* me trae siempre a la memoria esta tradición del Perú virreynal, porque ahí, por obra de milagro,—y qué milagro en el ambiente histórico de los intelectuales de la vieja generación—to-

das las plumas del pontificado literario latinoamericano han concurrido al debate, directo o indirecto, con maravillosa tranquilidad. Evidentemente para quien sabe algo de lo que son la mayoría de los señores escritores de Nuestra América, la obra de *Repertorio* sería milagro, si los hubiera, y si no pudiera explicarse por la sagaz y habilísima política de su Director.

Pues como la concurrencia de los intelectuales de todos los bandos indica que en todos ellos se lee *Repertorio*, cada vez que tengo que escribir para esos bandos lo hago desde su periódico. Y esta carta se refiere al artículo de la poetisa Gabriela Mistral, publicado en el último número de octubre bajo el título de *Carta a una Peruana*.

No pretendo ni debo analizar o criticar el artículo sino simplemente rectificar una afirmación improbable y equivocada, por la buena voluntad que Gabriela Mistral parece tener ahora a las clases altas de nuestros países. La ilustre poetisa afirma: «El odio está en el pueblo pero no en la clase media ni en la dirigente». Y este concepto merece aclararse con ciertos hechos, siguiendo el apotegma sajón que dice: más vale un hecho que cien argumentaciones.

Todas o casi todas las gentes de América Latina, interesadas en el doloroso proceso histórico del Perú contemporáneo, saben que la odiosa campaña de la dictadura «yanquicivilista» del señor Leguía en el Perú se ha hecho en nombre del odio a Chile. El señor Leguía, demagogo en distinta forma, pero demagogo patriotero como el señor Alessandri,—servidores ambos del imperialismo yanqui, no tan cínico el político italo-chileno como el cacique del Perú,—han agitado en diversas formas, pero con iguales resultados el odio chauvinista. El señor Leguía es el representante más típico de la clase alta del Perú, pertenece a la aristocracia, se hace llamar a escondidas Conde de Haro, y es de la vieja guardia del Partido Civil, órgano político del latifundio, del gamonalismo y de la burguesía que explota al Perú desde la Independencia y lo entrega ahora maniatado al Imperialismo. El señor Alessandri, burgués o pequeño burgués liberal, viene de la clase media y temporalmente, representó la rebelión de esta clase contra la burguesía chilena, pero coincide ahora con ella en el histerismo chauvinista agresivo. El señor Edwards—agente del imperialismo británico en Chile—y el señor

Alessandri se han disputado en la zona eléctrica de Arica el puesto de mayor agresividad e intransigencia patriotera.

Y otro ejemplo: En 1920 la juventud chilena fué abaleada, el Club de Estudiantes saqueado, incendiado, etc., no por el pueblo sino por la *jeunesse dorée*, por la juventud burguesa de Santiago, empujada por el Gobierno conservador del señor Sanfuentes contra los obreros y los estudiantes que estaban unidos a ellos. Gómez Rojas,—símbolo de América—fué asesinado en ese salvaje ataque de la gente de *clase dirigente*. Los ataques contra Vicuña Fuentes por su opinión francamente favorable a la devolución de Tacna y Arica al Perú, siguiendo la tradición positiva sinceramente defendida por los ilustres viejos Lagarrigue, fué secundada por los obreros y atacada despiadadamente por la clase dirigente.

En el Perú no ocurre cosa diferente. Yo puedo demostrarlo por mí mismo. El gobierno del señor Leguía considerándose un peligro para sus planes imperialistas (creo que los gobiernos del Perú y Chile y las clases dirigentes de ambos países agitando el odio y la división no hacen sino secundar una definida política del imperialismo yanqui) me atacó por su prensa llamándome «vendido a Chile», porque yo había pasado por Chile y había cumplido mi deber de presentar a los obreros y estudiantes chilenos el saludo fraternal de los obreros y estudiantes peruanos,—con la acogida favorable del pueblo chileno pero no favorable de su *clase dirigente*—, los diarios oficiales *La Prensa* y *La Crónica* de Lima me atacaron con esa odiosa impudicia de nuestro cotizable periodismo criollo. El Prefecto del Callao hizo distribuir millares de pasquines entre el pueblo,—durante las fiestas patrióticas de junio de 1923—exitando al pueblo contra mí. Pero en esa campaña *las clases dirigentes* (todo el civilismo en masa y su órgano *El Comercio*) tomaron franca o hipócritamente el lado del gobierno y el pueblo tomó mi lado. Es posible oír a un civilista limeño de cualquiera fracción, un comentario de chauvinismo calumnioso a mi punto de vista—que es el punto de vista de la juventud de intelectuales y obreros—favorable a un franco acercamiento entre el Perú y Chile, por considerar que el peligro para ambos,—como en la fábula de los conejos—está en la prolongación de nuestra disputa que favorece a los avances del imperialismo; pero jamás se oirá un comentario de esa clase a un obrero o a un campesino consciente del Perú.

Otra cosa es que la clase dirigente disimule y que el pueblo, infectado en ciertas zonas, por la venenosa propaganda de la clase dirigente no disimule, por ignorancia o por falta de contralor. Yo creo que no hay odio en el pueblo. El indio peruano, que es la mayoría de nuestra nación, como el roto chileno, fueron arrastrados a la matanza por los *neogodos* o «civilistas» del Perú y por *neogodos* o «pelucones» de Chile. El conflicto fué un conflicto económico entre las clases explotadoras de am-

¹ Se publicó la carta de Haya de la Torre—a quien mucho estimamos—en la pág. 286 el tomo XIII, entrega número 18.

bos países. Todos sabemos eso: la guerra fué por los nitratos, por el dominio de las zonas salitreras. Por ese dominio no podían luchar los pueblos que ni antes de la guerra el peruano, ni después de ella el chileno han llegado a tener dominio de esas riquezas. Quienes luchaban eran las clases dirigentes. Ellas arrastraron al pueblo a la guerra y en el Perú, la clase dirigente con el General Presidente de la República Prado, y luego con Piérola, y luego con Iglesias, abandonaron al pueblo que había luchado «contra el señor Chile» como decían los indios que sin saber por qué se mataban, empujados criminalmente por los dirigentes que luego firmaron el Tratado de Ancon. El pueblo chileno no sacó nada tampoco con la guerra. Perdió sangre. Su clase explotadora ganó el salitre. Ella enriquecida multiplicó su poder y oprimió más aún al pueblo. Durante mi paso por Santiago en 1922 vi a los desocupados de las zonas salitreras, los «albergados» como se les llamaba en una demostración de protesta. Ante mis ojos se hizo fuego sobre ellos. Aquellos hombres y mujeres y niños haraposos, no presentaban un aspecto menos triste que el de nuestros obreros del petróleo o las minas o nuestros millones de indios robados y asesinados desde la Colonia.

¿Que el Arzobispo de Santiago ha hablado de fraternidad? Contra esa posición, —parte de una no nueva táctica jesuítica— está la del vicario castrense Edwards en Arica, hermano del famoso representante de los intereses del imperialismo británico en Chile. Los hermanos Edwards, el uno en nombre del capital y el otro en nombre de la Iglesia han sido agitadores desembozados del chauvinismo en Arica. Como el Arzobispo de Lima, que es un valiosísimo agente del imperialismo yanqui en el Perú y por ende uno de los más activos propagandistas del odio a Chile entre las masas católicas. Cuando la Guerra del 79 «la virgen del Carmen», patrona de las armas chilenas luchaba «contra la virgen de las Mercedes», patrona de las armas peruanas. Como en las batallas de la Iliada, los dioses tomaban partido.

La cuestión Tacna y Arica y la agitación chauvinista de las clases dirigentes del Perú y Chile, ha sido y es aprovechada oportunamente por el Imperialismo. Por eso es que, —y este punto de vista lo sostenía en mi carta anterior y lo defendí en mi discurso de París del 23 de setiembre, sobre los problemas del Perú—, los Estados Unidos han aparecido tan humildes aceptando la actitud intransigente de Chile y rindiéndose ante una indiscutible victoria diplomática de ese país sobre el poderoso Tio Sam. No es la razón fundamental que los Estados Unidos supieran que detrás de la cancillería chilena estuviera el apoyo resuelto de la cancillería británica, sino que el imperialismo *solucionaría muy a su pesar* la cuestión Tacna y Arica, el único obstáculo de importancia capital para la unificación de América Latina. Por eso, los señores, Leguía, Alessandri, Edwards y

Compañía, las clases dirigentes chilenas y peruanas matan varios pájaros de un sólo tiro con esa campaña de odio: apoyan el imperialismo, disimulan su incapacidad para gobernar, intoxican la opinión pública y aparecen como campeones legítimos de sus países. Ambas clases dirigentes, la peruana y la chilena, —que comercian entre sí con el azúcar del Perú y el trigo de Chile, entre otras muchas cosas, sin que en estas transacciones haya nada de separación sino al contrario de estrecha solidaridad de clases—, *están de acuerdo*, en que la agitación chauvinista es arma utilísima para sus comunes fines económicos, ya que prácticamente no los afecta y antes los afirma.

Ahora, surge una cuestión: ¿es sincero el odio que predicán las clases dirigentes en el pueblo? Indiscutiblemente no. No ha sido sincero nunca. La superioridad moral del pueblo que en ciertos momentos ya pasados ha creído en esa propaganda está justamente en que *ha creído que la clase dirigente era sincera*. Por algunos años, las gentes del pueblo que vieron entrar las soldadescas de los ejércitos que empujó la clase dirigente chilena contra el Perú han conservado el recuerdo intenso de los brutales excesos. Pero un instinto popular y la realidad económica de nuestras clases trabajadoras ha demostrado a las masas que el enemigo no es Chile en el Perú ni el Perú en Chile. El enemigo está en *la clase dirigente* que Gabriela Mistral considera libre de odio. El enemigo de cada pueblo latinoamericano está justamente en esa clase, unida, estrechamente unida en la complicidad de explotar a sus pueblos y, —ahora—, de venderlos al Imperialismo yanqui.

Resumen: el odio no está en el pueblo, ni ha nacido del pueblo. El odio chauvinista en el Perú y Chile salió de la clase dirigente para envenenar la conciencia de los pueblos chileno y peruano, arrojarlos uno contra otro y mantenerlos después sumisos a las tiranías y a las dictaduras de esas clases. Si todavía hay en el Perú o en Chile o en Bolivia mujeres que enseñen a sus hijas a odiar al país vecino, eso no es si no rezago de la propaganda de las clases dirigentes y con ellas de su aliada la Iglesia Católica que bendice estandartes de ejércitos, lanza sermones odiosos por las bocas de los señores Edwards y Lisson y, para lavarse las manos hace que algún Caifás anciano y lejano diga en Santiago palabras pacifistas.

Yo no quiero llegar hasta afirmar que no hay gentes modestas o del pueblo, especialmente de las clases medias que todavía no crean en el Perú que los chilenos son ladrones sangrientos y en Chile, que los peruanos son cobardes llorones. El día que el pueblo del Perú y el pueblo de Chile se convenzan de la verdad y arranquen las máscaras a las clases dirigentes, ese día se alzarán para castigarlas y para castigarlas con justicia despiadada que es la única posible. Pero insisto, esto no es posible mientras la prensa oficial de la clase diri-

gente sigue voceando odio. Léase *La Prensa*, *El Comercio* y otros órganos del «civilismo» peruano y léase la prensa chilena sin excluir el *Mercurio*. Menos en Chile que en el Perú (porque la política interna no usa de esta propaganda según sus necesidades), pero siempre desde arriba, la agitación chauvinista, la demagogia patriotería es arma únicamente usada por las clases dirigentes. Las clases obreras ya perseguidas, ya amordazadas, económicamente débiles, no han podido cotrarrestar completamente esta política, aunque hayan dado ya muy buenos pasos en ese sentido. Las clases medias, son quizá la que con más sinceridad y más intensidad han sido víctimas de esa campaña. Pero saliendo de las ciudades y yendo al campo, yendo a la sierra peruana por ejemplo, y preguntando a nuestros millones de indígenas, mayoría de la nación, ¿quién es su enemigo, no responderán que Chile; nunca. Nos dirán enseñándonos su choza, sus harapos, su tierruca desamparada y sus brazos inutilmente rendidos que el enemigo es el gamonal, es el gamonal que está en el Palacio de Pizarro, —donde muchos Pizarros se han sucedido desde la ruina del Imperio peruano, —o en la Plaza de la Inquisición (plaza donde funciona «el Parlamento») donde muchas Inquisiciones se han sucedido también. Y ese Indio que los nuevos Pizarros, y las nuevas Inquisiciones expolían y oprimen es la mayoría de la Nación, es el campesino, es el soldado, es el obrero de las minas, del petróleo, del azúcar; es la carne de sacrificio de la clase dirigente.

Creo, sinceramente, que hemos llegado en América Latina a un momento decisivo en que ya no debemos permitir más tiempo que se prolonguen los engaños históricos que nos envuelven. La cuestión peruano-chilena ha sido siempre tratada sin franqueza. Yo no creo que la gran poetisa Mistral sea concientemente insincera, pero veo que ella ha sido víctima de esa artera propaganda de la clase dirigente, que después de haber llevado a nuestros pueblos a la guerra y después de haberles infundido odio y rencor por cuarenta años, —con la cooperación activa de la Iglesia Romana— los culpan ahora del odio. Esto me parece diabólico y torvo: los pueblos peruano y chileno han sido víctimas, simples víctimas desde la guerra y ahora se trata de infamarles. Francamente me parece cínico gritarle al pueblo que ignoró el por qué de la guerra, que dió su sangre empujado, que fué envenenado de odio: «tu eres el que odias, nosotros no, nosotros somos cristianos católicos, y allí está el Arzobispo de Santiago que lo dice».

La labor de la nueva generación es justamente señalar la culpa de la clase dirigente. No han sido los pueblos latinoamericanos los que han dividido la América Latina, ni los que han organizado guerras, ni los que han hecho empréstitos a EE. UU., ni los que se han enriquecido con el dinero del Estado, ni los que han entregado Panamá, Centro América, Cuba y los que están entregando Perú, Venezuela, Chile,

Bolivia, etc. Han sido las clases dirigentes. No fué el pueblo mexicano el que hipotecó sus riquezas al yanqui: el pueblo mexicano ha sido justamente el que se alzó para derribar a los traidores. La Revolución Mexicana en todo lo que tiene de bueno, de glorioso, es obra del pueblo, del impulso revolucionario de las masas que tuvieron siempre un Zapata listo a recordar a un Madero o a un Carranza que se estaban olvidando que la Revolución fué para dar tierra a los desposeídos. En todo lo que la Revolución Mexicana tiene de malo, de limitado, de error, de compromiso, no está la mano del pueblo, está la ignorancia, la deshonestidad el individualismo y a veces la traición de los líderes.

Yo no creo que haya en la historia clase dirigente más corrompida que la latinoamericana. Quizá se considere audaz esta aserción. Pero todas las clases dirigentes de la tierra han hecho algo, han devenido corrompidas después de un proceso largo de desarrollo, de dominio, de fuerza, de cultura y de virtud. Todas las clases dirigentes cumplen una misión en la historia del progreso humano y llegan a la decadencia bajo la ley del proceso biológico que rige a los individuos y a los grupos, a los pueblos y a las clases. En nuestra América, nuestra clase dirigente ha sido un injerto que brotó corrompido, débil, sin ninguna fuerza ni ninguna virtud. Trescientos años de colonia y un siglo y más de república nos han hecho avanzar muy poco en orden a superar la maravillosa cultura precolombina de América. Material y moralmente, esas clases dirigentes han hecho muy poco en América. Tenemos una costra de cultura pero entrando en nosotros o entrando en nuestros pueblos, no sólo encontraremos al bárbaro, como quien viaja de Buenos Aires al Chaco o de Lima y Río a la selva, sino encontraremos al malo, al malo sin candor, al malo inferior, raquítico de espíritu, incapaz de ninguna generosidad, al malo patológico. Nuestras clases dirigentes que vinieron con los bandoleros analfabetas que conquistaron Nuestra América, torturaron a Cuatémoc y agarrotaron a Atahualpa y descuartizaron a Tupac Amaru, fueron hasta superiores a éstos nuevos bandoleros de frac que saben leer y escribir, hablar francés y beber champagne. Aquellos fueron brutales por ignorancia, por barbarie, por fanatismo, por banditismo vocacional que no fué raro en la España de aquel tiempo, pero ¿éstos? éstos son traidores señoriales, por vicio y no se les puede perdonar porque saben lo que hacen. Viajando una vez de París a Londres con un importante tipo americano del norte, con quien ocasionalmente trabé conversación me refirió sus experiencias político-comerciales en varios países centro y sudamericanos y tuvo una frase que traduciré así: «Verdaderamente son corrompidos pero corrompidos baratos». Algunos ministros y «altos personajes» de nuestros países entraron en las anécdotas que alguna vez voy a publicar. Esta corrupción «barata», esto de venderse

y vender las patrias por bajo precio ha creado una moral política de la que vemos ejemplos innumerables.

Lo único que nos queda es el pueblo. Ese pueblo, ese obrero y ese campesino a cuyos sectores no ha entrado sino en muy limitada proporción el bacilo que infecta a las clases dirigentes. Que por ignorancia y por la corrupción de arriba el pueblo y las clases trabajadoras no salgan todavía de un período anárquico y desorientado no quiere decir que no sea lo único que salve. En el pueblo hay fuerza y hay sinceridad, hay dolor y hay entusiasmo. Las condiciones económicas de nuestras clases productoras las depuran todos los días y van haciendo de ellas una fuerza formidable. Esa fuerza acabará con el odio que las clases dirigentes inyecta en nuestros países para mantenerlos divididos y secundar la política yanqui. Las clases dirigentes no unirán nunca a América Latina como,—oyendo a la sirena del imperialismo británico, celosa del yanqui,—propone don Eleodoro Yañez, que en política económica internacional parece ser un estupendo descubridor de la pólvora. Las clases dirigentes en América Latina viven de la división, se alimentan con ella, se apoyan de ella. Débiles, porque no han sabido hacerse de una fuerza propia, se entregan ahora al extranjero más fuerte, se arrojan por el resbaladero del imperialismo y caen en las trampas de la «CASA BLANCA» DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. (lo de las \$\$ no es error)

Serán los pueblos, serán los trabajadores, será el Frente Unico disciplinado y organizado como fuerza política internacional que derribe del poder a las clases dirigentes, una a América Latina y nacionalizando los elementos de producción aleje los riesgos del imperialismo.

Disculpe Ud. la extensión de esta carta,

HAYA DE LA TORRE

P. S. Aunque estoy en Oxford por todo el año universitario, mi dirección es la del 1917 Club 4. Gerrard St. Londres W. 1.

El buen ejemplo

Entiendo yo que es pecado contra el Espíritu Santo el que haya jóvenes en Costa Rica, estudiosos, y que no reciban el REPERTORIO AMERICANO, que es avanzada de la causa Latino-Americana en el camino de las libertades e integridad continentales, y que a usted en suerte, cupo ser el gonfalon en este peregrinaje de las veinte naciones de la América Latina, al dirigirlo y sustentarlo con inaudito esfuerzo y perseverancia. Pálido elogio será este mío al comparársele con el decir de célebres pensadores de otras partes.

Espero, pues, su REPERTORIO y tenga en mí un sincero admirador suyo.

Respetuosamente,

RICARDO GÓLCHER QUIRÓS

Agosto, 30 de diciembre, 1926.

La poesía moderna en Cuba

Por Félix Lizaso y José A. Fernández de Castro

Los Precursores

(1882-1895)

Señores Félix Lizaso

y José A. Fernández de Castro.

Mis distinguidos amigos:

El placer de los plácemes, en el orden intelectual, es comprender. Se lo debo a ustedes, con motivo de su libro, modelo de antologías, *La poesía moderna en Cuba*.

No necesitan ustedes que les diga el alcance de mi frase. A personas tan inteligentes y de tan aguda visión, no voy a presumir de darles lecciones. Los he comprendido, porque, estando a veces muy distante de su juicio, me he puesto siempre a tono con ustedes; tan a tono, que me ha parecido por momentos complacerme con las bellezas que señalan, y que, a solas conmigo, no hubiera encontrado.

Eso no puede sorprenderlos, y de seguro no los sorprenderá. Ustedes saben que nada hay tan personal, nada que arranque tan de dentro, como el gusto estético. Formado el mío hace tantísimo tiempo, en ambiente de todo diverso, se ha endurecido en su molde. Me tengo por dúctil, pero es en el campo de las ideas. En éste, no me asusta ninguna novedad. Estoy a prueba de teorías. Hay horas en que socializo, y hasta anarquizo; desde luego, sin dinamita.

Volviendo a las interesantes páginas de su obra de ustedes, ha habido para mí en muchas de ellas fuente bien viva de emoción. He podido advertir que el abundoso caudal de poesía que arranca del gran Heredia, se ha derramado por cauces diversos y ha llevado fertilidad y lozanía a lugares muy remotos.

No deseo señalar nombres; pero en muchos, no ya de los consagrados, sino de los nuevos y bien nuevos, he sentido vibrar las fibras de la verdadera poesía; y he reconocido, no obstante mi prejuicio, la garra del león inmortal que salió de las selvas del Pindo a recorrer el mundo de occidente.

Los felicita, y a nuestras letras muy mucho, su amigo,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 2 de diciembre, 1926.

(De Social. Habana).

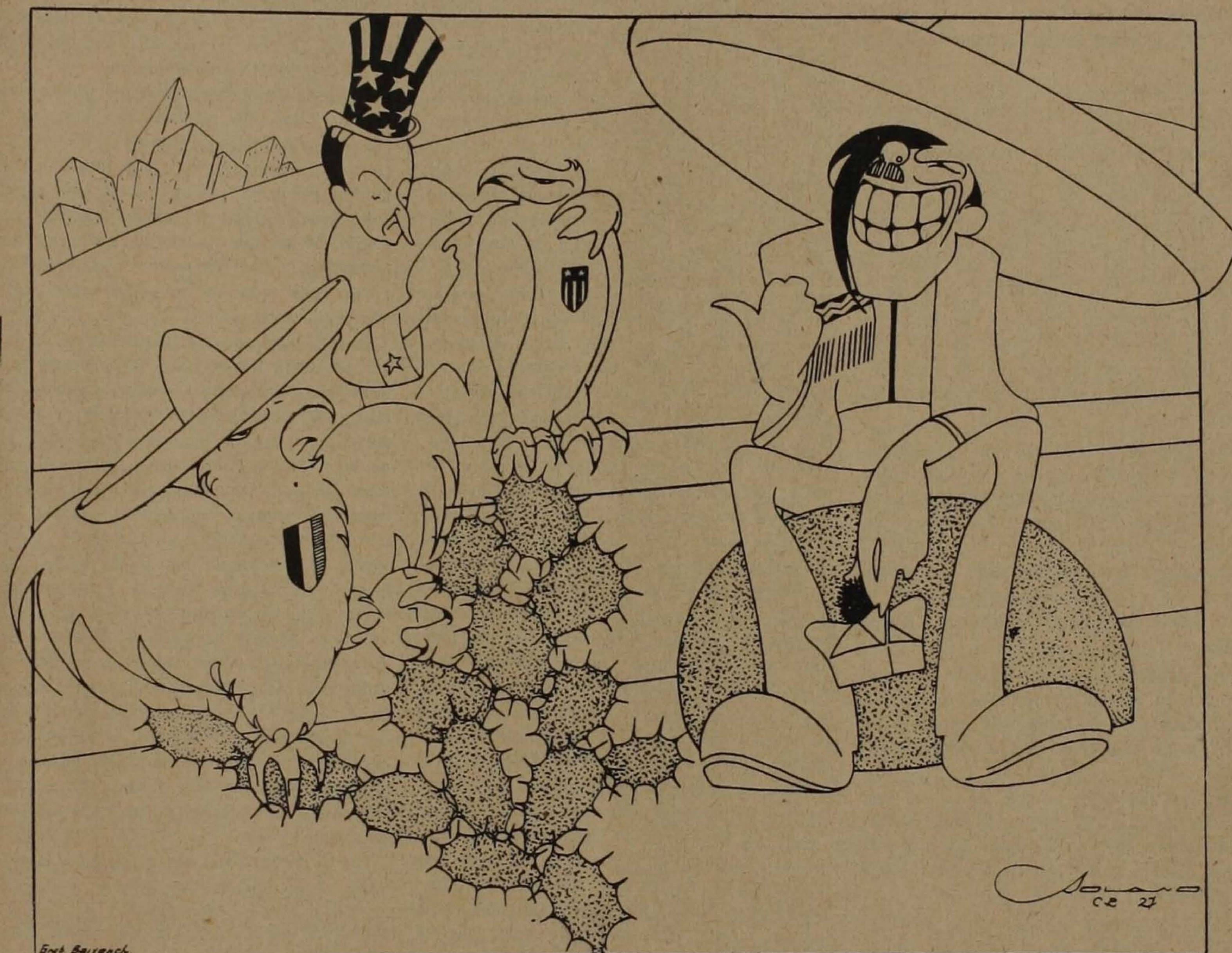
Obras de Lugones que tenemos en venta

Las fuerzas extrañas.....	₡ 4.50
Lunario sentimental.....	5.00
Odas seculares.....	4.00
Filosofícula.....	4.00
Romancero.....	4.00
Cuentos fatales.....	4.00
Los crepúsculos del jardín.....	4.00

En la Administración del REPERTORIO.
Venta al contado.

Diálogo fronterizo

Por SOLANO



Coolidge: Mira, pajarita linda, pásate y come lo que quieras del nopal.
Calles: ...¿Y si se le clavan las espinas?

El viejo lugar común

París, octubre de 1926.

FRANCIA trabaja. Ni menos que Bélgica, ni menos que Italia, ni menos que Suiza; un ritmo de trabajo común con el de estos países, que tienen el rubro de pueblos activos. Se dirá tal vez «menos laboriosa que Alemania o que los Estados Unidos». Nó, la misma suma de esfuerzo, pero con las industrias no *standarizadas* y con un capitalismo mesurado que no alcanza las cifras astronómicas de los otros. Porque todavía existe en Francia la pequeña industria, y Dios se la guarde, porque es cosa buena o con no sé qué de cristiano en frente de la usina demoníaca de los *trusts*.

Trabaja Francia. El lugar común de una Francia de placer, derrotada en su economía por su índole gozadora es uno de esos *affiches* tontos que es necesario desteñir.

La clasificación de países virtuosos y de países de vicio que la guerra quiso hacer con sus manos de truhán, es una necesidad de que hay que limpiarse. La desgracia económica de Francia tiene no una sino muchas causas y entre éstas no está la indolencia.

La rectificación ha de empezarse con esto: Francia no es París; París es una especie de zona abandonada al extranjero. Y seguir con esto otro: la provincia francesa tiene tan limpia la costumbre, tan sobrio el goce y tan colmado de faena el día como la provincia de cualquier otro país.

París es una capital en que el francés se ha sumido voluntariamente relegándose a un tercer plano. Algo semejante al sistema también francés de casas de tres pisos, en las cuales la prudente propietaria [alquila

los dos primeros a ingleses que pagan bien y acomoda su vida al restante. Por mucho que se hable de la invasión extranjera en Francia, nunca se dirá lo bastante: Es una avalancha verdaderamente amazónica, con todo el desorden y la heterogeneidad violenta de materiales que lleva un río americano hacia el delta. No hay ciudad santa de las épocas místicas que haya hecho esta movilización elefantina de razas; no ha habido nunca otra ciudad de esas que D'Annunzio presenta magnéticas como mujeres, que levanten tal pasión de conocimiento; ni se hace en los pueblos otro acuerdo como éste, de elegir una misma zona común para el placer... Si el frenesí va en aumento—y lleva esas trazas—llegará un día en que París sea hotel en toda casa donde no sea museo, academia o banca...

El extranjero se mueve, naturalmente, con sus apetitos y su hábito, y viene a pedirle a la ciudad ajena su complacencia. De este modo, el extraño no sólo desplaza al dueño

de la casa sino que le va echando a un lado su costumbre, su manera de espectáculo, de moda, de arquitectura.

Dos clamores de la prensa nacionalista: «¡El inglés está comprando toda la Costa Azul!» «¡El americano está envileciendo el teatro!»

Los dos clamores tienen razón.

La dulce tierra de Francia (que no es dulce sino en el mediodía) es grata al reuma mundial, sobre todo a los pobres huesos sajones, cuyo único sol se levanta... en la India. Dulzura de las playas soleadas que quedan a doce horas de Calais; a sólo doce horas de la niebla viscosa y fea están el viñedo de oro y el fresal suave de la Provenza. Es necesario perdonar la flaqueza sajona de que ha aprovechado de la libra a 250 francos para comprar en la costa clásica el pedazo de suelo con palmeras o plátanos dichosos.

Cosa más grave es la otra. La danza negra, la muy física, por no decir fisiológica danza negra, ocupa por temporadas enteras los teatros que París reservaba antes a su comedia, y, como complemento, la música negra, trampa en que ha caído el yanqui rubio, se oye en todas partes, invade lo mismo hoteles de los millonarios que bares infames.

«Son bárbaros—dice el francés—que no contentos de gustar semejantes ritmos en sus ciudades de búfalos, los plantan en nuestro boulevard y los pagan en dólar como cosa suya».

«Josefina Baker, la negra, gana en una noche lo que Bergson en un año y el balanceo sudoso de sus caderas hace gozar a estos cuákeros de Nueva York o estos sudamericanos... católicos!»

La xenofobia fabulosa de estos años en Francia ha sido acicateada por la prensa con frases peores todavía. Los auto-carros, pesados e insolentes, que cierran el tráfico en la Opera o en los Italianos, han sido apedreados tanto por la baja del franco como por estas feas vilezas.

El turista vuelve a su tierra y, si es periodista, se vengará escribiendo cualquier necedad fácil sobre el vicio desaforado de Francia, donde todas las locuras tienen su sede, bien pagada y bien confortable.

No vió Francia, el infeliz; vió el delta de los pueblos, con el hediondo limo de acarreo que hace montaña. Vió lo peor de lo suyo y de las otras razas.

Pudo mirar Francia yendo con lentitud por la Provenza latinísima, por la Carcasonne romana, por la Tolosa española. Habría conocido la Francia que trabaja diez horas y que hace los paños en Lyon y los linos en Lille. Habría observado este francés que, aunque tenga sus cinco sentidos y medio de sensual, es económico y no duplica frenéticamente su goce, y que, sobre todo, es mesurado por su cultura vieja.

GABRIELA MISTRAL.

(De *El Mercurio*, Santiago de Chile).

Shanti¹

CARLOS Aguilera se moría. Vanos fueron los recursos de la ciencia. La muerte se acercaba a pasos tardos, pero seguros, y el ilustre médico que le asistía comprendió la esterilidad de sus esfuerzos. Cediendo su lugar al destino inevitable, abandonó silenciosamente la estancia. Ya en el dintel de la puerta, volvióse a medias para dirigir una mirada de soslayo al enfermo.

Carlos no parecía sufrir; plácida era la expresión de su rostro, llena de una beatitud que impresionaba. Su amarillenta tez tenía el color de los íconos rusos, que la luz ha hecho palidecer. El tenue fulgor de una lamparilla de noche le daba un nimbo de insólita majestad. Su frente, entonces, parecía más noble, y sus cabellos más negros y lucientes. En los cuencos de sus ojos, los párpados se cerraban, con la placidez de lotos en un estanque apacible. Su nariz adquiría un perfil casi estatuario, y arrojaba una sombra fina que se proyectaba sobre su boca, entreabierta por una sonrisa de inefable dulzura. Pocas veces, el doctor, se había encontrado en presencia de una muerte tan hermosa; diríase que el paciente languidecía, paulatinamente, como una leve llama que se extingue, como una nube que al flotar se deshace. Por la imaginación de aquél pasaron muchos pensamientos, quizá el de su propia suerte, y entre ellos el recuerdo del famoso cuadro de Domenichino acerca de la última comunión de San Jerónimo, tan lleno de belleza y paz.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Carlos se incorporó en su cama y cruzando los brazos sobre el pecho, pronunció la palabra: *Shanti*. Poco después su cuerpo yacía inerte, como un vestido gastado, que el Divino Morador, no había querido usar por más tiempo. En la tranquilidad de la noche se oyeron once campanadas, lentas, graves, sonoras, como los golpes de un mazo sobre un yunque gigantesco. Eran los pasos de la muerte que huía con su presa,... ¿para siempre?...

* * *

El Teatro Nacional estaba concurridísimo. Durante la mañana del estreno se habían agotado todas las localidades. Fué necesario poner sillas especiales en el lunetario y en las entradas a butacas. Mujeres hermosamente vestidas, caballeros en trajes de etiqueta, reverberar de joyas, abigarramiento de colores, profusión de luces, derroche de lujo (tal vez de un lujo incompatible con la verdadera elegancia), daban al recinto un aspecto de viva animación. Se oía un murmullo de cuchicheos, de risas comprimidas, de comentarios más o menos picarescos. La sociedad y... el pueblo... ¿existen distinciones en nuestras incipientes repúblicas?... se daban cita para escuchar el «debut» de aquella Compañía de Ópera, en cuyo elenco figuraban algunas celebridades del *bel-canto*.

1 Shanti, en sánscrito, quiere decir paz.

El telón de boca permanecía caído. La orquesta, formada por un gran número de músicos, tocaba el prelude e introducción de *Rigoletto*. Inesperadamente, de uno de los palcos de platea, salió un grito desgarrador. Todas las miradas se dirigieron hacia allí. ¿Qué había ocurrido?... En el palco reinaba gran confusión. Una dama era conducida precipitadamente en brazos de dos caballeros. Estaba ricamente trajeada y, en medio de los negros vestidos de sus acompañantes, lucían con mayor esplendidez la verde seda y los encajes plateados que la adornaban.

Al día siguiente los amigos de la dama se enteraron del motivo de su rara indisposición. Concepción Aguilera había sufrido un extraño alucinamiento. Sobre el agitado mar de la alegoría que ostenta el telón de nuestro teatro, había visto el rostro agonizante de su hermano Carlos. Pálida era la figura y hermosa como una visión extraterrena. Sus ojos se entreabieron un instante para clavarlos en los de su hermana, luego se cerraron con la pesadez de la muerte. En los oídos de la joven resonó, con voz muy queda, una palabra desconocida y, al mismo tiempo, le pareció escuchar el golpe de un badajo sobre una campana, once veces repetido, como si quisiera grabar profundamente en ella, la fúnebre noticia de que era portadora. Despavorida gritó, mientras la visión se esfumaba de sus ojos. De allí la condujeron desmayada a sus habitaciones.

En la mañana de aquel mismo día se recibió un lacónico cable:

«Carlos acaba de morir. Comparto su aflicción».

Consulado de Costa Rica en Italia».

JOSÉ B. ACUÑA

San Jose, 8 de Noviembre de 1926.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto. Un Sol

Apartado N.º 176. Lima, Perú.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Pensamiento de niño

En los Estados Unidos asedian los periodistas a las personas que tienen algo que decir al público o que lo pueden hacer, como aquí entre nosotros. Algunas veces lo que se tiene que decir es mucho y bueno, otras veces es poco y excelente, y no falta ocasión en que los reporteados nada tengan que decir y llenen, sin embargo, una plana del periódico con declaraciones insípidas. Acaso suceda esto menos en Estados Unidos que entre nosotros, en donde, aquí, el hombre se levanta y comienza a vivir su día sin un pensamiento en la cabeza.

Recientemente fué reportado el descubridor de los polos, Amundsen, por los periódicos de Nueva York, mientras él estaba de paso para su propio país en donde va a descansar definitivamente, de sus aventuras, coronadas todas ellas por un glorioso éxito. Lo que dijo Amundsen quizás haya parecido indiferente a los periódicos neoyorkinos: se concretó el grande hombre del siglo a hacer, en primer lugar, un recuerdo de infancia. «Hace cuarenta y un años, es decir, cuando apenas tenía quince años, ya sabía yo lo que quería hacer durante mi vida: visitar los dos polos. Ahora los he visto y mi obra está terminada». Amundsen acabó su reportaje con estas palabras: «No habrá más discursos ni más expediciones; ésto ha terminado». Es éste, en los anales del periodismo, uno de los reportajes más breves y al mismo tiempo, uno de los más fecundos en lección. No debe ignorarse, por lo demás, que los diplomáticos y los políticos, han dado modelos de declaraciones públicas extremadamente lacónicas, por ejemplo, cuando están obligados a replegarse en su propia alma para guardarse un secreto que no debe trascender. Y sucede, entonces, que cuando menos tienen que decir es cuando más hablan.

Las breves palabras de Amundsen producen una impresión de grandeza: resumen ellas la totalidad de una vida completa, de una vida que se ha desarrollado de acuerdo con un programa sabiente previsto y que comprende la infancia de un hombre. Ese programa, formulado hace cuarenta y un años, pudo ser para el mayor número una obra imposible de realizarse por hombre alguno. Aquel niño de quince años no podía menos de soñar; semejante pensamiento de una empresa irrealizable le era perdonable a él, niño maravillosamente imaginativo. He aquí que él se había puesto enfrente de lo imposible. Lo imposible iba a constituir en adelante el objeto primordial de su vida. Sin embargo, téngase entendido, que para él, lo imposible no existe. Este simple o terrible modo de ver las cosas es nuestro y de los otros y no de él: para él no existe la magnitud de la empresa, ni los peligros del hielo; ni el temor de las tempestades magnéticas; ni la idea de la muerte. Todo esto es de los débiles. El pertenece a la raza de los fuertes. Todas esas suposiciones son de los indiferentes a cuanto empeño de hombre que signifique idealidad o ensueño. El es sencillamente de la raza fecunda de los visionarios. Todos esos cálculos son de los hombres de negocios o de los hombres eminentemente prácticos, como tantos que hay en el mundo. El pertenece a la legión de los locos que han

hecho la mejor parte de la historia de ese mundo. ¿Para qué citarlos, si todos los días se habla de ellos en las escuelas de los niños? Si nos contara Amundsen los sueños que él tenía de niño, sus sueños y sus devaneos y sus éxtasis. La ilusión permanente y dominadora de la vasta región blanca y helada del mundo.

Lo que más alienta de esta lección que implica la personalidad de Amundsen, es ese poder directivo y soberano de una idea que a los quince años concibe un niño y se arraiga vigorosamente en su espíritu. El parece que dá así el secreto de la vida activa del hombre, en un documento viviente y verídico: si cuando el niño tiene quince años se ha logrado determinar su conducta, es de creer que se ha creado su destino como una realidad de la vida, lo contrario, es lo trágico de esa vida: el hecho de que un hombre traspase los límites de su adolescencia y no pueda precisar bien los objetivos de su porvenir. A los quince años, este hombre era ya un poder constituido definitivamente. ¿Qué podía desviarlo de su camino? Al contrario, todo está supeditado a su fuerza: todo está a su servicio: el hielo del polo se endurecerá bajo sus plantas; las tempestades árticas plegarán sumisamente sus alas ante la presencia majestuosa de su dominador, y la aurora boreal alentarán sus ensueños cuando la empresa parezca más difícil.

Este hombre ha podido vivir lo bastante para aprovechar las conquistas que otros varones como él, perseguidores de lo imposible y lo maravilloso, han logrado llevar a cabo, para terminar o para realizar plenamente su sueño infantil. El mundo vive de estas imaginaciones fébriles de niños: unos quisieron volar como pájaros; otros quisieron ir bajo el mar como en los cuentos del novelista profético; otros quisieron hablar de un extremo al otro de la tierra sin el uso de alambres o de cables.

La victoria no ha sido infiel con ninguno de ellos.

La victoria no es infiel con ninguna idea que adquiere una forma definitiva y vigorosa en el pensamiento de un hombre, y mejor que de un hombre, en el pensamiento de un niño.

Hay algo, también, que vale ser admirado en él: el silencio inmenso del vasto desierto polar le ha enseñado a apreciar el valor de las palabras. ¡Y es tan difícil alcanzar este justo valor de las palabras!

RÓMULO TOVAR

La invención de la tierra cocida

Después del fuego y de los útiles de piedra, el invento que les sigue en importancia es la tierra cocida, con la que el hombre podrá hacer vasijas, cambiar su régimen de vida y así alimentarse de manjares menos duros; reducir, por lo tanto, sus mandíbulas y darle al cráneo mayor capacidad para el cerebro. El arte de cocer la arcilla, que, cambiando su naturaleza, después de tostada ya no se diluya nuevamente en el agua, es uno de los más trascendentales descubrimientos de la humanidad. No sabemos dónde ni cuándo empezó a usarse la cerámica, que era ya conocida en Oriente millares de años antes que en Europa. En un principio se decoró solamente con trenzas de barro, o cenefas hechas con auxilio de las uñas o de los dedos. Hasta más tarde no supieron darle color, como no fuese rellenando las marcas con una arcilla blanca. Las vasijas neolíticas están hechas a mano, no se ve nunca que se moldearan con el torno, y esto hace pensar que no conociendo los hombres neolíticos el torno, no conocieron tampoco la rueda ni los carros.

ni la modesta carretilla de mano, de la que no tenían tampoco noción los indios americanos.

Es muy posible que la idea de hacer vasijas de cerámica se ocurriese naturalmente de la vieja práctica de revestir las obras de cestería con arcilla para hacerlas impermeables. Algunos de los pueblos primitivos actuales fabrican obras de paja tejida que casi no dejan atravesar el agua; nuestros sombreros panamás son una prueba de la habilidad con que todavía consiguen tejer las fibras los descendientes de los indios americanos. Pero, además, es táctica habitual y común de muchos de los pueblos salvajes revestir los cestos con una pasta de arcilla fina y dejarlos secar al sol para hacerlos impermeables. De este cesto cubierto de arcilla a la cerámica, ya no hay más que un paso. Pronto se debió suprimir el alma del tejido de mimbre, del todo innecesaria, para fabricar el cesto solamente con arcilla. El cesto sería, pues, el predecesor de la vasija: una vasija no es más que un cesto de barro. Lo más probable también es que fueran las mujeres pre-históricas las que, por este camino, inventaron el arte de hacer vasijas, de incalculables consecuencias para la humanidad. Mientras el hombre inventaba y perfeccionaba sus armas de piedra, la mujer, a la puerta de su choza, tejía las fibras de esparto y la paja para hacer cestos. Ella, la mujer misma seguramente, hizo dar este primer gran paso a la industria humana, recubriendo de barro los cestos y descubriendo que la arcilla, después de cocida, no sólo se endurece y se hace impermeable, sino que ya no puede desleírse más con el agua.

El invento era tan trascendental que los hombres se apoderaron pronto de él y fueron ellos los alfareros, quedando las mujeres relegadas a la cestería. En un principio las vasijas se fabricaron con las mismas formas que tenían los cestos, y no sólo se repitió aquella forma con el barro, sino que se modelaron todos los detalles del trenzado de la paja en la materia blanda y pastosa de la arcilla. Con sorprendente paciencia se modelaron una por una todas las fibras, y el tejido regular de la obra de cestería se reprodujo en el barro. Los progresos de esta industria de la cerámica, emancipándose gradualmente de las formas del cesterío, se ven claros en las vasijas de los indios americanos, pero en las cerámicas prehistóricas europeas encontramos muy amenudo reminiscencias del trabajo preliminar de cestería.

Claro está que una vez descubierto el secreto de dar dureza e impermeabilidad a la arcilla, cociéndola o dejándola secar al sol, pronto se imitaron con barro, no sólo los cestos, sino todos los demás recipientes usados por el hombre primitivo. Y así se repitieron en cerámica las formas de los grandes frutos de corteza dura, como las calabazas y cocos, que todavía sirven de vasijas en muchos países y que debieron usarse también desde los tiempos pre-históricos en Europa. Se repitieron así mismo en cerámica las formas de los odres, cueros, estómagos, vejigas y otros recipientes de membranas animales. De manera que puede afirmarse que en las formas tradicionales de las vasijas de nuestro ajuar, si se observan bien, se notará que reflejan uno de estos tres tipos primitivos: el cesto de mimbre, la cáscara de fruto o de odre de cuero. Lo mismo podríamos decir de su decoración: los relieves que decoran las cerámicas, o las pinturas que se aplican después, provienen de los entrelazados de tejidos de mimbres de diversos colores, o de los dibujos que se hacían en las cortezas

de las cucurbitáceas, o de las marcas de fuego que se ponían en los cueros. De esta manera nace y crece, por consiguiente, la industria cerámica, tan importante todavía.

J. PIJOAN

(*Historia del Mundo*, Tomo I. Barcelona).

La invención de la hoz

Además del martillo, del punzón, del rascador y de otros antiguos útiles de piedra, que se funden también de bronce cuando este metal se va haciendo familiar, aparece otro instrumento que tenía que cambiar con el tiempo la vida humana y que tampoco hubiera podido nunca fabricarse de piedra: éste es la hoz o la guadaña para cortar los cereales. Ya hemos visto que en los últimos días de la edad de piedra, los granos, que constituyen la base de la agricultura, se introdujeron en Europa. Es probable que los últimos pueblos cazadores europeos abandonaron a la mujer el cultivo de los cereales, en un claro del bosque cerca de la caverna o de la choza, como todavía hoy el campesino europeo, por atavismo, abandona a su hijo, así que puede, el cuidado de los campos para convertirse él, a la vejez, en cazador. Los granos debieron plantarse en un principio valiéndose de un bastón con un círculo o rodela, para impedir que penetrara demasiado en la tierra, tal como lo empleaban los indios americanos y como se usa todavía en Suecia, mas para segar las espigas hacía falta un instrumento especial. El cuchillo de piedra era de lentitud desesperante. Tenía que cortar uno por uno cada tallo de avena o de trigo, y aunque durante el período neolítico se había ingeniado una hoz rudimentaria, clavando varios cuchillos de sílex en un tronco de árbol, sólo de metal podía construirse el cuchillo curvado que recoge, al cortarlos, los tallos de las plantas, formando un mazo de ellos, a cada golpe. Los griegos representaron a Ceres, la diosa de los campos, con una hoz en la mano, porque, sin la hoz, la agricultura no hubiera sido posible. La hoz era un instrumento sagrado para los celtas, que lo veneraban lo mismo que antes habían venerado el hacha de piedra. Los druidas o sacerdotes celtas llevaban como distintivo una segur de plata. ¡Y cuán maravillosos cambios no se han originado de este cuchillo singular, que ha permitido el cultivo de los cereales en grandes extensiones! Por él pueblan la tierra multitudes inmensas, que no hubieran podido alimentar las selvas vírgenes. Pues éste es también un resultado inmediato del empleo de los metales. Los demás útiles del agricultor no son de ningún modo tan preciosos como la hoz; el arado no era tan necesario en aquellos campos de tierra, rica de mantillo, de la Europa pre-histórica. Con seguridad hubieron de emplearlo, pero debía ser un simple tronco de árbol con una recia rama que se clavaba en el suelo. Los lapones, que con los vascos son acaso los únicos descendientes de las poblaciones primitivas europeas, tienen para el arado la palabra *kara*, que designa a la vez arado y rama. En sánscrito, *spandana* quiere decir a la vez arado y árbol.

JOSÉ PIJOAN

(*Historia de Mundo*, Tomo I, Barcelona).